El Último Grumete de la Baquedano

Francisco Coloane



Con sólo quince años, Alejandro Silva se embarca de polizonte en la Baquedano, buque escuela de la Marina. Su propósito es encontrar a su hermano, quien hace años se fue de casa. Este libro es un clásico de la aventura juvenil, pero también un lúcido recorrido de iniciación, donde el mar funciona como imagen de un niño que se convierte en hombre.

Francisco Coloane

El último grumete de la Baquedano

ePUB v1.1
ZirKo 01.05.12

ISBN 10: 9789562396769

Año de publicación: 1941
Francisco Coloane, 1910 - 2002

¡Rumbo al sur!

—¡Veinte grados más a babor! —exclamó en voz alta el teniente de guardia en el puente de mando de la corbeta *General Baquedano.*

—¡Veinte grados más a babor! —repitió, como un eco, el timonel, mientras sus callosas manos daban vigorosas vueltas a las cabillas de la rueda del timón.

Una ráfaga del noroeste recostó a la nave hasta hundirle la escoba de babor entre las grandes olas, cuyos negros lomos pasaban rodando hacia la oscuridad de la noche; el ulular del viento aumentó entre las jarcias, el velamen hizo crujir la envergadura, y el esbelto buque—escuela de la Armada de Chile, blanco como un albatros, puso proa rumbo al sur, empujado a doce millas por hora por la noroestada que pegaba por la aleta de estribor.

Era el último viaje de este hermoso barco. Después de educar a su bordo a numerosas generaciones de oficiales, sub—oficiales y marineros de la marina chilena, el Superioridad Naval había dispuesto que realiza ese último crucero hasta el Cabo de Hornos, para proceder, a su vuelta, al desguazamiento de la nave, en razón de que, envejecida en luchas con los mares de todas latitudes, ya no ofrecía seguridad para la navegación en las peligrosas rutas que tiene que surcar los marinos de guerra.

Con trescientos hombres de tripulación, de comandante a grumete, al caer de una tarde de otoño, levó anclas en la bahía del puerto militar de Talcahuano, pasó con su motor auxiliar de la isla Quiriquina, y ya mar afuera, izó todo su velamen y puso la proa al sur, en cumplimiento de esa orden.

Trescientos hombres de tripulación consignaba en sus páginas el libro bitácora de día de su partida; pero, en realidad, iban trescientos uno: ¡Nadie sabía a bordo nada de este último tripulante! En un pañol de proa, bajo el canastillo, acurrucado entre los rollos de jarcias y cadenas, un niño de más o menos quince años permanecía, tembloroso, entre las sombras, en espera de su incierto destino.

Había cerca de tres horas que se encontraba en ese escondite, seguro de que nadie sospecharía su presencia a bordo, pues la vigilante guardia del portalón debía estar cierta de que ningún extraño pasó por esa única entrada a la corbeta en las horas en que se preparaba para el zarpe.

Esta seguridad le dio cierta tranquilidad; pero luego pensó en la noche que le esperaba en el pequeño recinto del pañol, que un marinero había cerrado, sin darse cuenta de la permanencia del niño, con una cadena y un candado por fuera.

De vez en cuando un barquinazo lo obligaba a aferrarse a los rollos de jarcias para no ser lanzado violentamente con las paredes de hierro, y luego, cuando la nave parecía recobrar su posición, oía claramente el golde de las olas contra el caso, casi encima de su cabeza. "¡Caramba —se dijo—, estoy bajo el agua".

En realidad era así; el pañol quedaba bajo la línea de flotación, y cuando la proa

montaba una ola y caía al fondo, en el vacío que quedaba entre una y otra, el golpe de agua resonaba pavorosamente en el casco del buque.

Pronto sintió un pequeño malestar en la cabeza y el estómago, algo así como si le faltara aire; el malestar se intensificó y violentos vómitos empezaron a sacudir su cuerpo, que ya también estaba siendo víctima del frío.

Se tomó con las manos del borde de un rollo de cabo y vomitó en el interior de el hasta quedar casi sin nada en su estómago. Disminuyó el dolor de cabeza y quedó más tranquilo y apacible; su contextura de muchacho fuerte había hecho que el mareo, que se apodera de todos los que embarcan por primera vez, fuera sólo un ataque pasajero.

Cansado, se recostó como pudo en el piso y, de pronto, la visión de su madre y de su tibio hogar de Talcahuano le vino a la mente; un atoro, como un nudo duro y amargo, se le subió por la garganta y un dolor agudo le hizo fruncir el entrecejo y... ya no aguantó más; como quien aprieta un racimo de uvas con la mano, le brotaron gruesas lágrimas; pero sacudió su cabeza, apretó con todas las fuerzas un grueso cabo y la ola de angustia también pasó, como el mareo.

Luego recordó el liceo, a sus compañeros de juegos, a su curso, el tercer año B, y a sus profesores, los malos y los buenos; mas todos eran buenos ahora que le parecía aquello tan lejano.

El recuerdo de su madre acongojada era lo que más le conmovía. ¿Qué haría sin su único hijo a estas horas?

Recordó cuando ella planchaba la ropa de los marineros, mientras él hacía sus tareas en una mesita arrinconada en el cuarto de planchado o soplaba con un cartón el brasero, y la poderosa plancha grande, cargada de carbón de espino, como un extraño barco avanzando en el arrugado mar de camisas y cuellos almidonados, que los capitanes lucirían en las tenidas del domingo.

Su madre, doña María, viuda de un marinero, tenía fama de ser la mejor lavandera del puerto. Era inútil que le hicieran competencia en ropa blanca las lavanderías químicas modernas que se habían instalado en Talcahuano; la novedad le arrebataba algunos clientes, pero al poco tiempo los viejos capitanes volvían a buscarla, porque su lavado era más blanco que la nieve y no destruía el tejido de las ropas.

Recordó con amargura los lloviosos días de invierto en que la veía agachada en las tinas, lavar y más lavar.

"—¡Desde que murió tu padre en el naufragio del *Angamos* —solía decir—, no hemos tenido más riqueza que mis buenas manos."

"Quedamos huérfanos —continuaba— con tu hermano Manuel. Un día, él, viendo que trabajaba demasiado, me dijo: Madre, no quiero seguir estudiando; los pobres no podremos nunca seguir tan largos estudios. Usted trabaja demasiado; yo ya tengo quince años; he conseguido que un barco carbonero me lleve, trabajando el

valor de mi pasaje, hasta Magallanes, lejana tierra donde dicen que se gana mucho dinero cazando nutrias, lobos, zorros y otros animales de pieles finas. Me voy, madre; de allá vendré con bastante plata para que usted no trabaje más, y una buena capa de guanaco para ponerla a sus pies en los inviernos."

"Así se fue un día y no volvió nunca más, ni he tenido una noticia de él. Seguramente habrá muerto en esos mares, porque de lo contrario hubiera escrito, pues era muy cumplido."

Recordó que siempre en esta parte del relato su madre prorrumpía en llanto.

Él la consolaba entonces diciéndole: "—¡No llore, mamacita; yo seré grande, marinero como mi padre, ganaré dinero para mantenerla y recorreré todos esos mares del sur hasta encontrar a mi hermano o rastros de él para traérselos".

Estudió con ahínco en la escuela primaria, y el el liceo fue uno de los mejores alumnos; pero su único afán era ingresar a la Escuela de Grumetes de la Armada, y no pudo hacerlo, a pesar de las gestiones que realizó dona María, su madre, ante los jefes navales.

Cuando supo que la corbeta *Baquedano* iba a efectuar su último viaje de instrucción con los cursos superiores de la Escuela Naval y de Grumetes, después de reflexionar mucho, tomó de decisión de embarcarse a escondidas, a pesar de que había oído que castigaban severamente a los que se embarcaban en forma clandestina y que, en algunos barcos japoneses y chinos, hasta los echaban al mar para no pagar las multas que las policías marítimas aplican a los capitanes que llevan "pavos".

No le importaron esas historias marineras; así escribió dos cartas, una para su madre y la otra para el profesor jefe de su cuso en el liceo, donde explicaba las razones de su decisión; hacerse hombre y encontrar a su hermano, y en las que pedía perdón por no haber solicitado a su madre y profesores el permiso que, seguramente, le negarían.

Hecho esto, se dispuso a embarcarse, y aquí se encontró ante lo más difícil.

En esta parte de sus recuerdos iba, cuando de pronto varias fosforescencias, desde un rincón del pañol en sombras, turbaron su meditación. Pestañeó, entrecerró los ojos y vislumbró tres ratas grandes, colorinas, casi del tamaño de un gato.

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo al recordar narraciones en que muchos marineros habían sido devorados por las ratas. En Talcahuano, un niño de dos años había sido muerto una vez por los ratones. Había leído que en el Far West existe un fuerte que se llama "de ratas", porque su guarnición, debilitada por el hambre, había sido devorada por estos roedores. En el sur de Chile, en la región de Los Lagos, una invasión de ratas vino de la Argentina, y habían devorado ovejas, perros, cerdos y ahuyentado a familias enteras de agricultores.

Los ojos relampagueantes se acercaron; el niño, tambaleándose, buscó el chicote o extremo de una jarcia, pero como no lo hallara suficientemente sólido, avanzó por

encima de los rollos y se abalanzó a puntapiés contra las ratas.

Cuál no sería su asombro al ver, que en vez de huir, saltaban como pequeños perros rabiosos, tratando de morder las piernas; pero apenas una fue alcanzada por un puntazo y azotada contra la pared, huyeron las otras por la obscuridad del rincón.

El niño volvió a descansar sobre las jarcias y notó que cierto debilitamiento empezaba a dominarle: la boca la tenía seca y el estómago vacío. Pronto vendrían el sueño, el hambre y la sed a cerrar esa noche de angustias.

"Resistiré hasta que no pueda más —se dijo— y, por último, golpearé con fuerza la puerta de hierro, aunque es difícil que me oigan".



Empezó a cabecear; el sueño era más poderoso que el hambre y la sed; poco a poco fueron apareciendo de nuevo en el rincón, dos, tres, cinco pares de ojos fosforescentes. Asquerosas, rojas y peludas estaban ahí, otra vez, las ratas, para lanzarse en el momento oportuno sobre su víctima.

Con gran esfuerzo iba a levantarse a combatirlas de nuevo a puntapiés, cuando la cadena de la puerta produjo un ruido como si hubiera sido tomada por alguien y la puerta fue tironeada para abrirla.

El niño se escondió tras los rollos. La puerta se abrió, un farol a petróleo alumbró el pañol y, cuando el que lo llevaba disponía a retirarse, un perro policial saltó sobre el farol y se abalanzó ladrando hacia el lugar del escondite.

Una voz enérgica alcanzó a gritar: "¡Patotolo!", y el perro, ladrando, volvió de mala gana; una mano lo tomó del collar y la misma voz gritó:

—¿Quién está allí?

—¡Yo: Alejandro Silva! — exclamó el niño, con forzada entereza.

El reglamente del buque escuela dispone que todas las noches un oficial, acompañado de un cabo y dos marineros armados, efectué un recorrido de popa a proa y de la cala al puerto, revisando minuciosamente los rincones con un potente farol. Este grupo de hombres se denomina la ronda, comandada generalmente por un guardiamarina, tiene atribuciones especiales y es muy respetada por todos en el buque.

El niño Alejandro, que desconocía los reglamentos de navegación en un buque de guerra, no esperaba esta sorpresiva visita.

—¡Salga! —ordenó el comandante de ronda.

El "Patotolo", hermoso perro policial, mascota del buque e infaltable acompañante de la ronda, volvió a ladrar.

Alejandro se levantó de entre los rollos, dos fornidos marineros avanzaron con sus bayonetas caladas y lo tomaron de los brazos.

A la luz del farol apareció un niño de regular estatura, delgado y nervudo, de cara pálida, nariz un poco aguileña, de ojos grises, acerados, pero bondadosos y tranquilos; una cabellera color castaño claro completaba la figura de un adolescente atlético, vivaz, fuerte, pero con cierta melancolía en el brillo de sus ojos.

Su figura apuesta y noble no se amilanó ante la ronda. El cabo, con el farol y el perro, avanzó delante, enseguida el guardiamarina y, atrás, entre los dos marineros armados, el niño Alejandro Silva, cuya faz inquieta iluminaba de vez en cuando la luz del farol, que oscilaba entre las manos del cabo de ronda.

Primera noche

—¡Permiso, mi capitán! ¡Durante la noche hemos encontrado, escondido, a este niño en un pañol de proa; el resto de la corbeta sin novedad! —exclamó el guardiamarina, cuadrándose ante el oficial del detalle o segundo comandante.

El segundo, un capitán de corbeta de más o menos cuarenta años de edad, vigoroso, alto, frunció el ceño; disgustado por este hallazgo extraño, que venía a desacreditar la vigilancia que debe existir en todo buque de guerra, preguntó con tono fuerte:

—¿Quién eres tú?

—Soy Alejandro Silva Cáceres, tengo quince años de edad, alumno del Liceo de Talcahuano — contestó el niño con la cabeza alta, clara, firme y respetuosa.

—¿Por qué has venido?

—Deseaba ser marinero, mi madre está anciana, es lavandera, y pronto ya no podrá trabajar. Hizo lo que pudo para que ingresara a la Escuela de Grumetes, pero no lo conseguimos. Supe que la *Baquedano* hacía su último viaje, no pude contenerme y me decidí a partir escondido; dejé todo arreglado, señor: una carta a mi madre y otra a mis profesores, pidiéndoles perdón.

—¿Como entraste? —inquirió el capitán de corbeta, un poco más apaciguado.

—Un muchachito del puerto, uno de esos que llaman los marineros "pistoleros" y que viven de lo que los barcos les regalan, me trajo en su chalena, y aprovechando una ocasión trepé por la cadena, subí a la proa y me escondí donde acaban de encontrarme. Sé que no me echarán al agua, cumpliré con el castigo que me impongan, señor, pero déjeme a bordo; quiero ser marinero de la *Baquedano*, serviré en algo, barriendo, baldeando, limpiando papas o en lo que me quieran enseñar.

El capitán lo quedó mirando un rato y luego se dirigió a la popa y descendió al interior del buque.

El niño, rodeado de la ronda, respiró con placer el viento salobre que venía del mar, miró las olas que aparecían y desaparecían como lomos de negras y grandes bestias en la noche, y sus ojos se agrandaron con asombro al contemplar el espectáculo impresionante del velamen del buque hinchado por el fuerte viento del noroeste, escorado peligrosamente por el lado de babor y corriendo a doce millas por hora en la inmensidad del mar y de la noche.

Una ordenanza llegó a interrumpir el silencio de la ronda y su prisionero.

—Mi comandante Calderón desea ver al niño —dijo el grumete.

Siguieron al guardiamarina que comandaba el grupo y descendieron por una elegante escalera de bronce a la cámara del primer comandante del buque, que quedaba bajo la toldilla.

El comandante Calderón era un capitán de navío alto, gordo, moreno, con ese

aspecto bonachón de los viejos marinos que han recorrido muchos mares, visto muchas cosas y mandado muchos buques.

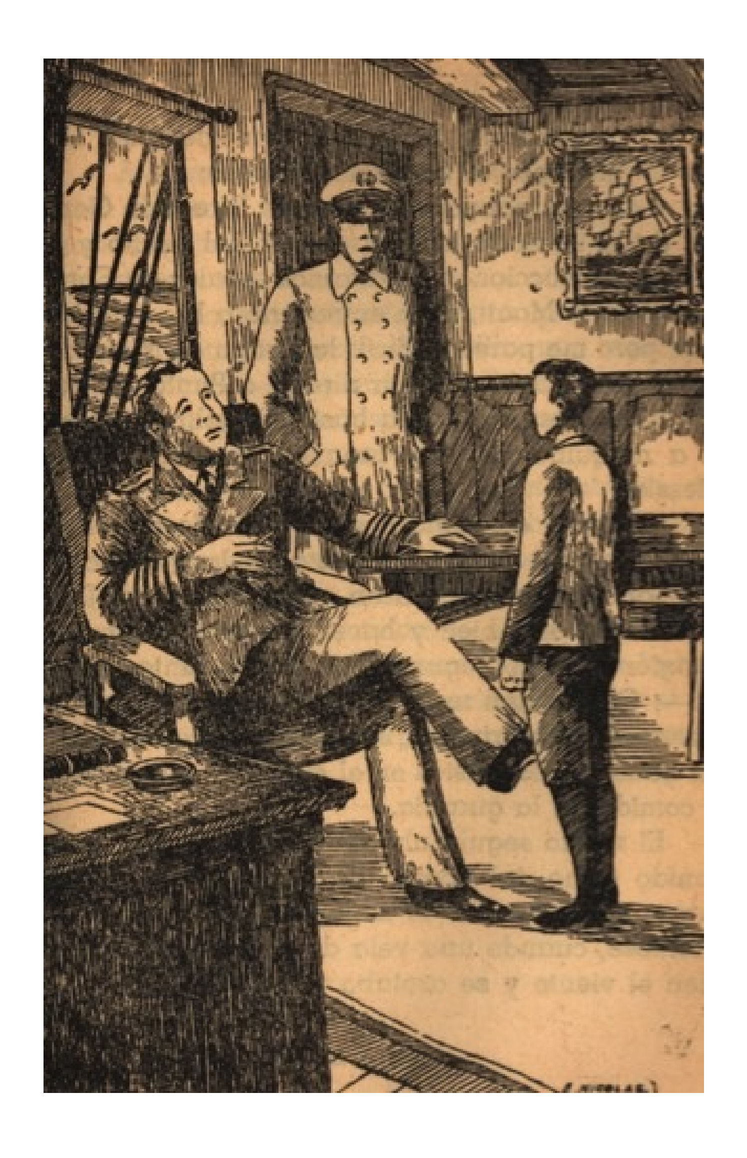
El segundo comandante ya lo había informado del hallazgo.

El niño se sorprendió un poco de la elegancia de la cámara, tapizada de alfombra, con una mesa de fina madera y cubierta de una carpeta de felpa rojo, grandes sillones y lámparas potentes.

El comandante hizo retirar la ronda y se quedó solo con el segundo y el niño.

Con aire severo, pero bondadoso, le pidió que le hablara con confianza.

El niño, después de la dureza del oficial de ronda y del segundo, encontró al comandante tan bueno como el mejor de los profesores, y empezó a contarle su vida, la de su madre, viuda de un marinero del transporte *Angamos*, el viaje sin regreso de su hermano a Magallanes y, por fin, su decisión de hacerse marinero e ir en busca de su hermano Manuel.



El comandante lo escuchó con atención. Luego, dirigiéndose al segundo, expresó:

—Que se ponda una radio a la Dirección General de la Armada, dando cuenta del hecho y pidiendo instrucciones. Podríamos recalar en Corral o en Puerto Montt, para

entregarlo a las autoridades; pero me parece difícil, la orden de viaje dispone que debemos seguir directo a Punta Arenas por mar afuera y a vela hasta el Golfo de Penas y a máquina por los canales, entrando por el Messier.

—Viene a ocasionarnos un poco de molestias, amigo; desde luego, el arresto de la guardia correspondiente a la hora en que usted entró. Trate de comportarse bien y hacer lo que le diga —y dirigiéndose al segundo, el comandante terminó—: Que le den un coy y comida en la guardia.

El viento seguía ululando en las jarcias y un sonido como de un bombo colosal interrumpía a ratos la sinfonía de la noche tempestuosa, cuando una vela de cuchilla no cazaba bien el viento y se azotaba flameando.

Alejando Silva comió asado, pan y buen café caliente, en esos característicos jarros enlozados, marca "Marina de Chile" que tienen la capacidad para medio litro.

Cuando bajó al entrepuente, por la escotilla que está situada frente al canastillo, una gigantescas flotilla como de pequeños dirigibles navegaba en el sombrío y amplio espacio del reciento: la marinería dormía en sus coyes.

A cabezasos llegó a un espacio abierto, donde el grumete que lo acompañaba le enseñó a armar el coy, con el colchón y las dos mantas del reglamento. Intentó tres veces subir y sólo a la cuarta consiguió acomodarse en la hamaca. En ella no se sentía el balanceo del buque, permanecía siempre a plomo; esta tranquilidad y el cansancio hicieron que se quedara inmediatamente dormido.

¡El último grumete!

¡ Alza arriba! —Un potente grito del contramaestre estalló desde. la escotilla del entrepuente. Un estridente toque de corneta anunció la diana, y, como un solo hombre, todos los marineros saltaron de sus coyes.

Alejandro también bajó de su coy y sintió sobre sí la mirada de asombro de cientos de ojos.

— ¿Y éste? —dijo, en tono despectivo, un marinero.

—¡Sólo falta que traigan guaguas y mujeres!

—gritó otro.

—¡Caliente el biberón, mi cabo Santos! —exclamó un pecoso mala cara.

El niño, parado, con sus ropas ajadas, sintió una intensa congoja. Ese enorme y obscuro entrepuente, lleno de hombres extraños, hostiles, burlones, sobrecogió su tierno espíritu. El pañol de las ratas era un paraíso al lado de la desolación que le produjo tanta gente extraña.

Los marineros fueron saliendo por la escalera hacia la cubierta. Todos pasaban a echarle una mirada, una mirada de curiosidad algunos, de indiferencia otros, y algunos de bondad.

Pronto la escotilla, como una boca abierta a la luz, se tragó al último marinero, y el entrepuente quedó vacío como una gigantesca tumba. El niño tiritó de desamparo, sin saber qué hacer; miró sus ropitas, el cielo raso gris, y apretó sus manos arrugando los extremos de su modesta chaquetita. ¡Oh, esto era más duro de lo que se imaginaba!

Por la escotilla apareció de pronto una cabeza redonda, una cara blanca y unos ojos buenos. Un grumete de unos diecisiete años descendió por la escalera de fierro y se dirigió a Alejandro:

—Ven arriba, a lavarte; anoche te vi cuando te sacaron de tu escondite, no tengas miedo, no seas tonto, sólo algunos de esos viejos brutos son malos, el resto son buenos, les gusta hacer chistes pero no hacen danõ. Ya verás, si quedas a bordo lo vas a pasar bien; yo te vine a buscar, porque me gustan los tipos “gallos”, y no es cualquiera el que se atreve a embarcarse de “pavo” en un buque de guerra.

"¡Si quedas a bordo!..." el niño recordó las palabras del comandante: "la orden de viaje dispone seguir directo a Punta Arenas..." esto lo hizo sentirse confortado.

—Gracias —dijo, y siguió al grumete, que le pasó su toalla y su jabón.

—Después preguntas dónde queda la “Ayudantía”, y te presentas al sargento primero escribiente; él te ordenará lo que hagas —le dijo aquél.

En la cubierta, la tripulación estaba formada pasando revista, y, en realidad, se dio cuenta de que nadie se fijaba en él ahora, como si no existiera. Esto lo alentó: prefería sentirse solo; se lavó, devolvió a su protector los útiles de aseo y se dirigió a la

Ayudantía, que quedaba en el centro del buque.

De paso, pudo ver un mar verde, florecido de olas regulares, que reventaban en espuma, empujadas por un fresco viento que daba de’ costado en las velas. La nave, siempre escorada de babor, corría velozmente surcando el Océano Pacífico; costas no se divisaban por ninguna parte, a pesar de la claridad del día, brillante de sol.

El agudo silbato del contramaestre se dejó oír, y, al pie de los palos, voces vigorosas ordenaron: "Cargar las escotas de las cuchillas y de la mesana!"

Los grumetes se apiñaron junto a los motones y jarcias, se oyó el chillido de cabos que se cobran, las velas verticales que quedan entre los palos viraron un poco hacia el centro del buque, y éste se inclinó aún más, adquiriendo mayor velocidad. De vez en cuando un ruido se producía en las lonas de las vergas y una manga de viento bajaba haciendo crujir los aparejos.

—¿Qué hay? —dijo el sargento escribiente, gordo y rechoncho, al ver al niño, y continuó—: ¡Ah!... Tú eres el “pistolero” que se metió a bordo; hay diez hombres de plantón por tu culpa y un teniente arrestado en su camarote.

—¡Perdone!...

—Sí, sí —le interrumpió el escribiente—; todo el barco conoce ya tu historia; agradece que eres hijo de un ex marino; yo conocí a tu padre, y andas con suerte: la Superioridad contestó el radio del comandante, autorizándole para seguir a bordo ocupando la plaza del “último grumete”.

El corazón del niño no pudo contenerse de júbilo; dos lágrimas rodaron de sus ojos, y con una sonrisa de felicidad, exclamó:

—¡Gracias, mi sargento!

Era la primera vez que nombraba a un marino en forma reglamentaria, como si hubiera sido un antiguo grumete. Y ya, desde ese momento, lo era.

Durante la mañana pasó por todas las disposiciones reglamentarias: filiación, examen médico, corta de pelo al ras y, por último, lo llevaron al pañol de ropa, donde le entregaron su uniforme de dril para el servicio y de paño azul para salida, ropa blanca, alpargatas y zapatos.

Cuando vestido de grumete, con su pequeño gorro blanco de faena, subió a cubierta para presentarse a sus superiores, una intensa emoción lo embargaba. Se sentía marino, su gran sueño; la sangre de su padre revivía en el océano. Hinchó, orgulloso, el pecho con el aire salino, miró la esbelta proa de su buque, y se dio cuenta de que, después de su madre, lo que más amaba era la gloriosa corbeta.

La vieja nave pareció tener alma, pues levantó su bello mascarón de proa oteando los lejanos horizontes y emprendió con nuevos bríos su carrera entre el jardín de espuma y olas del océano. En plena mar le había nacido un hijo más en su viaje postrero: Alejandro Silva, "El último grumete de la *Baquedano*", brotando desde sus entrañas como del obscuro fondo oceánico.

¡Tres bultos a estribor!

Durante una semana estuvo recibiendo instrucción marinera. Tuvo que aprenderse de memoria un libro de tapas rojas donde estaban los nombres de todos los compartimientos, jarcias, velas y detalles de la estructura de una corbeta.

Cuando sus instructores lo aprobaron, entró a servir en el personal del palo trinquete, pues la tripulación se divide en guardias que corresponden a los tres palos, de proa a popa: trinquete. mayor y mesana.

Cada personal compite con los otra para mantener en mejor estado el aparejo y velamen de su palo y para ser los mejores y primeros en las maniobras de la navegación a vela. Se dividen en guardias, y, noche y día, permanentemente hay un grupo de grumetes y marineros al pie de cada palo, listos a los silbatos de los contramaestres que ordenan las maniobras de esta delicada navegación.

Por fortuna, le correspondió su primera guardia nocturna una noche en que el Pacífico había calmado sus furias.

—¡La guardia del trinquete a formar! —gritó un cabo contramaestre, y los grumetes y marineros que les correspondía guardia subieron al puente.

El mar estaba en calma, la luz de la luna reverberaba entre las pequeñas olas y una brisa del Oeste apenas inflaba los foques, juanetes, jarcias, vergas y cuchillas.

A pesar de la calma, se formaban algunas mangas de aire que bajaban arremolinadas por el velamen, y una de ellas, arrancó de cuajo el café que un grumete conducía en una garrafa.

—¡Cierra la tarasca! —le gritó uno del trinquete.

En el puente de mando se divisaba al oficial de ruta, dando las últimas instrucciones. La *"Chancha"*, como cariñosamente se le llama en la marina a *"La Baquedano"*, cabeceaba lentamente, como un tardo cetáceo, en busca del lejano Sur.

El toque de silencio, lastimero y prolongado, salió del corneta de guardia y se fue estirando, sin eco, por la inmensidad del mar. Casi toda la tripulación dormía en los entrepuentes; solo los de guardia permanecían sobre cubierta.

Un profundo silencio invadió a la nave después del toque de corneta; luego, monótona, se dejó oír una voz en el canastillo, situado en lo alto del palo de trinquete, que dijo: "¡Uno!..." "¡Dos!", exclamó como un eco otra voz: "¡Tres!", remató una tercera, y el silencio reinó de nuevo en el buque. Pero no mucho; al poco rato las extrañas voces que brotaban de la noche repitieron con ritmo monótono: "¡Uno, dos, tres!".

"Luego me va a tocar a mí", se dijo el grumete Alejandro , y se tendió para dormir al pie del trinquete con sus demás compañeros.

El ya sabía el origen de esas voces: durante la navegación a vela, en las noches, tres vigías permanecen en constante alerta; uno parado en la cofa del trinquete,

atalayando las negruras, se denomina "el tope", y dos a cada costado de la cubierta, que se llaman "serviolas".

Cada cierto tiempo, el "tope" grita: "¡Uno!"; "¡Dos!", repite el serviola de estribor; y "¡Tres!", el de babor; esto indica que no hay novedad en el mar y que permanecen alerta.

Como estas guardias son muy duras, especialmente cuando hay temporal, el “tope” permanece una hora en la cofa, y los serviolas , dos.

Además, atrás, en la popa, paseándose sobre la toldilla de babor a estribor, otro marinero con un salvavidas terciado, listo para ser arrojado al mar, es el encargado de vigilar si un hombre cae al agua desde las jarcias y dar el conocido grito de alarma: “¡Hombre al agua!” A este vigía, en jerga marinera, se le llamaba “el picarón”, por el parecido que tiene el salvavidas redondo con ese sabroso comestible.

—Ah, arriba el “tope”!

Un grumete lo sacudió con fuerza. Alejandro se levantó restregándose los ojos, miró la luna que se había corrido hacia el occidente, y se dispuso a subir a la cofa. En esos instantes descendía el relevado. Era la primera guardia que hacía en ese puesto.

Subió por la escalera de cuerda, que a la vez servía de viento al trinquete, y se instaló en la cofa.

En el día, durante la instrucción, le había parecido muy sencillo, pero en la noche, suspendido como un péndulo de reloj invertido, a tanta altura aquello era impresionante.

El barco avanzaba lentamente, cabeceando por la mar “boa”. Los tumbos hacia estribor eran contenidos por el velamen, pero hacia babor eran tan grande y el palo trinquete se inclinaba tanto sobre el mar, que Alejandro tenía que tomarse con ambas manos del canastillo de la cofa para sentirse seguro.

“¡Uno!”, gritó desde lo alto, por primera vez. “¡Dos!”, “¡Tres!”, repitieron los “serviolas”, y él se puso más contento y con más ánimo para resistir los vaivenes, al pensar que ya servía como un avezado grumete.

“¡Uno!”, “¡Dos!”, “¡Tres!”. Ya hacía media hora que iniciaba las palabras que caían como una monótona gotera en medio de la paz de la noche y el tenue crujir de las jarcias.

El viento, arriba más intenso, empezaba a calarle el cuerpo, a pesar del grueso chaquetón de pelo de camello.

“¡Uno!”, “¡Dos!”, “¡Tres!”. Y nada en la inmensidad del mar, alumbrado suavemente por la luna.

Desde la cofa, Alejandro, antes de gritar, ponía siempre la mano a manera de visera sobre los ojos, echaba el cuerpo fuera del canastillo y, como un viejo lobo de mar de los antiguos tiempos, recorría con su vista los horizontes; sólo hasta entonces, cuando se cercioraba de haber cumplido fielmente su deber, exclamaba: “¡Uno!”.

Así contemplaba con cierto agrado el mar, que desde su puesto parecía un campo arado, la mitad lleno de luz y la otra mitad lleno de sombras, cuando, de súbito, vio que en dirección a la amura de estribor, en la lejanía, tres bultos negros avanzaban en dirección a la corbeta, rompiendo ágilmente las aguas.

—¡Tres bultos negros por la amura de estribor!

—gritó.

—¡Tres bultos negros por la amura de estribor!

—repitieron los "serviolas".

El oficial de guardia dio una voz de mando, y el silbato de un contramaestre laceró el espacio.

En un instante, las guardias de los tres palos estuvieron listas, al pie de las escotas, para maniobrar con las velas.

El grumete vio desaparecer a los tres bultos, que semejaban submarinos a gran velocidad, y gritó de nuevo:

—Desaparecieron los tres bultos!

—¡Desaparecieron los tres bultos! —repitieron uno a uno los "serviolas".

Pero no bien había terminado su exclamación, cuando, de súbito, los tres bultos negros aparecieron casi al costado de la corbeta, levantando grandes olas y lanzando gigantescos chorros de agua.

El niño quedó confuso; el mastelero del trinquete casi pasó rozando uno de los chorros en un vaivén, y apenas se dio cuenta de lo que era, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Tres ballenas a babor!

—¡Tres ballenas a babor! —repitieron los "serviolas".

Los enormes cetáceos, con sus lomos color pizarra relucientes, se alejaron velozmente hacia la vastedad del mar.

Al descender de su guardia de "tope", Alejandro vio que sus compañeros lo miraban con ironía.

Al acostarse, uno le dijo:

—Hay que conocer a primera vista lo que se ve en el mar; para otra vez grita desde un principio: "¡Ballenas a estribor!", y así no harás despertar y levantarse a todas las guardias. ¡Mañana te van a hacer muchas bromas!

El niño se mordió el labio inferior y un desgano pasó como una ráfaga helada por su cuerpo y su espíritu.

Efectivamente; al otro día, en cuanto alguien lo avistó, le gritó: "¡Tres bultos a estribor!", y una carcajada resonó en el entrepuente.

A la hora del almuerzo, la aventura de "los tres bultos a estribor" fue comentada por toda la tripulación.

Esta era la hora en que la marinería conversaba las incidencias del viaje más

libremente. Cuando el ranchero, desde un extremo de la mesa, limpia y blanqueada con agua y soda, repartió los grandes trozos de pan, al lanzar el que le correspondía a Alejandro, uno gritó:

—¡Cuidado!, "bulto a estribor”.

—¡Los bultos no se comen! —exclamó otro.

Ese día recibió el primer bautismo de los bromistas del barco: fue reconocido por el apodo de “Tres bultos”.

El fantasma del "Leonora"

El día, durante la navegación, estaba distribuido en guardias, instrucciones, ejercicios y comidas. A excepción de la enseñanza militar y marinera, para los grumete y cadetes navales, el barco no tenía gran diferencia con un instituto que de pronto se hubiera lanzado a navegar con su alumnado adentro.

Aquella tarde correspondían clases de matemáticas, historia y geografía.

Al final de las clases, aquí donde todo está reglamentado, se ordenó una ‘hora de costura. Cada grumete sacó de su cajón una carretilla de hilo, agujas y una cauta con botones, y unos en el entrepuente y otros en cubierta, empezaron a revisar sus ropas, a coserlas, a prenderles los botones, etc.

Alejandro se dirigió con su grupo al castillo, lugar preferido por él, porque desde allí se dominaban todo el buque, las maniobras y la vastedad del mar.

Sentados en cuclillas, grumetes y marineros iniciaron la revisión de sus prendas de vestir.

Los muchachos comentaban alegremente diversas incidencias de la navegación; los peligros en que uno estuvo al cargar las velas de un sobrejuanete, otro en el extremo de una yerga a punto de caer al mar, en fin, cosas sanas y simples de su vida marinera.

Así estaban, cuando, con un pantalón en la mano y una caja de costura en ‘la otra, llegó a sentarse entre los grumetes un viejo sargento primero carpintero, el sargento Escobedo.

—¡A ver, muchachos, háganme un lugarcito; voy a aprovechar un ratito de tiempo para remendar este pantalón que está más viejo que yo, con la diferencia de que él tiene quién lo cosa, mientras que a mis pobres huesos no los retempla ni el diablo! —dijo el viejo sargento.

Escobedo, prestigioso carpintero de "La *Baquedano*", había vivido su vida en ese buque, y, ahora que sabía que a la vuelta lo iban a desguazar, estaba un poco apesadumbrado y pensaba que antes de pisar otras cubiertas preferiría acogerse a la jubilación.

De índole noble, amaba a los grumetes y los ayudaba con sus consejos y experiencias para que no los castigasen; pero, sobre todo, gustaba contarles las aventuras de sus mocedades.

—Yo, en mis primeros años, fui “mercantoso” —empezó diciendo el sargento Escobedo aquella tarde en el castillo de proa, mientras los grumetes, cosiendo, le escuchaban respetuosamente—. Viajé en los carboneros, en buques fruteros por los mares ecuatoriales, tuve muchas aventuras, pero nunca como la que me ocurrió en el puerto a donde llegaremos dentro de poco: Punta Arenas. ¡Ahí vi un fantasma; ha sido la única a vez en mi larga vida que he visto cosa tan rara!

Al oír nombrar el lejano lugar. Alejandro levantó la cabeza con atención, vínole a la memoria su hermano, del cual tenía un vago recuerdo, y la promesa que le había hecho a su madre de buscarlo por los canales y mares del Sur, a donde "La *Baquedano*" se dirigía ahora.

—Me quedé en esas tierras, hace muchos años —continuó el viejo sargento carpintero—, con el propósito de hacer dinero trabajando en las estancias ganaderas; pero aunque pude hacerlo, no soporté la ausencia del mar, y me dirigí a la ciudad de Punta Arenas, en busca de plata a bordo de cualquier barco.

Los grumetes se acomodaron, aprontándose a escuchar una de las buenas narraciones del viejo Escobedo.

—Y no encontré embarco —siguió el sargento, con acento calmoso—; pero, en cambio, leí en un periódico que se necesitaban dos hombres de mar para el pontón *"Leonora"*.

El *"Leonora"* había sido un hermoso velero de cuatro palos que, rescatado de las rocas del Estrecho de Magallanes, en un naufragio acaecido hace muchísimos años, había sido convertido en pontón por una compañía naviera; es decir, en bodega flotante, para guardar mercaderías de trasbordo.

—Su tripulación estaba compuesta de un patrón y cuatro marineros.

"Todo esto lo averigüé en la pensión de marineros donde me alojaba, y, al decirle a uno de mis compañeros de hospedaje que me iba a presentar para contratarme de marinero en el *"Leonora"*, me advirtió con cierta alarma: Mire, no es conveniente que vaya a ese barco; para el *"Leonora"* sólo se contratan los desesperados, los peores marineros, los que no encuentran contrato; porque desde hace muchos años, cada cierto tiempo, desaparece misteriosamente de ese barco un hombre; nadie sabe cómo mueren; a veces se encuentra el cadáver en la playa y otras veces ni eso. Yo tuve un compadre, Jesús Barría, que aguantó a bordo cuatro años y durante ese tiempo desaparecieron cuatro de sus compañeros, uno por año. "—¡A mí no me lleva el demonio que tiene embrujado a éste barco; voy a acabar con él!", decía golpeándose el pecho, mi compadre; fatalmente, también se lo llevó una noche, porque todos han desaparecido de noche. ¡Este año no se ha llevado a nadie aún, y no vaya a ser usted el elegido!, terminó medio en serio y en broma mi compañero de pensión.

No le hice caso, nunca he creído en patrañas; aunque ahora que me estoy poniendo viejo suelo atar los cabos de tantas cosas que me han sucedido y tengo mis dudas —continuó, sonriendo, el sargento. mientras algunos grumetes se tendían en la cubierta del castillo con la cara entre las manos, mirando al viejo para no perder detalle de su relato.

Fui a la Oficina Armadora y me contraté para el *Leonora*; de allí esperaría el paso de algún vapor para regresar a la zona Norte

Claro que mis compañeros eran unos granujas, de los que bota la ola en los puertos; me lo dijeron, apenas los vi sus caras, donde más de un cuchillo había dejado su huella. El mismo patrón no parecía de los trigos muy limpios. Aquí no hay tal embrujamiento —me dije—. ¡con éstos, quién no va a desaparecer!

En fin, a lo hecho pecho, y me puse a cumplir mis obligaciones, que eran muy pocas, pues la vida a bordo de los pontones es descansada; están toda la vida anclados, girando sobre sus cadenas con la proa siempre’ al viento. Se trabajaba sólo cuando atracaba algún barco a descargar o a cargar; el resto del tiempo me entretenía haciendo pequeños bergantines o pescando sabrosos róbalos, choros o centollas.

Recorrí el barco, que había sido hermoso. Las paredes y cielos de la cámara, tallados; las sillas y mesas, de caoba y cedro; las escaleras, con figuras de serpientes en las barandas, incrustaciones de bronce macizo; en fin, toda la riqueza de las antiguas naves. Pero lo que más me llamó la atención fue cuando, desde un bote, vi el mascarón de proa.

"Representaba una sirena, la cara y el cuerpo tan bonitos como una virgen, sus dos lindos brazos abiertos como queriendo abrazar al mar y las aletas pegadas a los bordes, igual que una aparición, blanca como el mármol.”

Una ligera brisa suelta hizo flamear algunas velas que resonaron como un bombo; el sargento miró escudriñando el horizonte.

—Parece que se va a levantar fresco —dijo, y continuó su relato:

“Tuvimos algunos temporales a bordo del *Leonora*, sin peligro ni consecuencias. Llegó el invierno, las montañas, la ciudad y la costa misma se pusieron blancas de nieve, los temporales disminuyeron y todo se puso tan tranquilo y frío que parecía de vidrio. ¡Ya verán ustedes lo rara que es esa tierra!

Nada extraño ocurría a bordo; bajábamos muy pocas veces a tierra y hasta nos olvidamos del caso que daba tanta fama al *Leonora*.

Llegó julio, mes en que obscurece a las cuatro de la tarde y amanece a las 9 de la mañana. Las noches eran largas y pesadas y la vida se hacía aburridora en el pontón. Es malo que el hombre se acostumbre a flojo, y si no ha encontrado un lugar a su gusto, debe moverse hasta hallarlo; para eso la tierra es redonda y de todos —sentenció el sargento.

La flojera y la falta de trabajo me hacían pensar tonterías y así me desvelaba noches enteras oyendo cómo el viento silbaba en los palos de ese buque que parecía muerto, y que en otros tiempos tuvo un velamen tan lindo como el de nuestra querida *chancha*.

A estos desvelos me acompañaron las pesad illas, y me tomó el mal genio en tal forma, que no hablaba con nadie.

Decidí, pues, poner término a mi contrato, y me dispuse para marcharse a tierra en quince días más.

Una noche, después de una nevada, salió la luna, y todo quedó tan quieto y cristalino, que aquello parecía otro mundo. Di un paseo por la cubierta y me fui al camarote; no se extrañen, teníamos cada uno su camarote; había tantos que no tenían importancia. Yo, seguramente, ocupaba el que fue de algún primer piloto...

Apagué la vela —usábamos esa luz en el interior—., y no diré que me quedé dormido, sino que en ese estado en que uno, casi despierto, ve y sueña cosas que juraría verdaderas.

Así estaba, cuando sentí que abrían mi puerta, cuidadosamente, y una figura blanca entró a mi cuarto; al principio creí que era la luz de la luna, pero luego vi que la figura cerraba la puerta y continuaba tan blanca como los cautiles.

Yo siempre les he tenido más temor a las cosas de este mundo que a las del otro, a los vivos que a los muertos, y como aquello tenía trazas de una aparición, me quedé no más tranquilo, esperando lo que sucediera.

Y sucedió que la figura se me acercó con cautela; vestía una túnica blanca; su cara, tan hermosa que no la olvidaré jamás, y sus manos me hicieron señas de que la acompañara.

Como permaneciera indeciso, me tomó del brazo y, no sé, me sentí como atraído por esa figura tan bella y la seguí con la confianza con que se sigue a un niño. Caminamos sobre la cubierta tapizada de nieve, descendimos por la escotilla de una bodega de proa, ella siempre adelante y llevándome de una mano; en el fondo de la bodega buscó un rincón que siempre estaba cubierto de telarañas, abrió una puerta que hasta entonces no conocía y por una pequeña escalerilla bajamos hasta la sobrequilla, de allí avanzamos hacia la roda y en la obscuridad atenuada por el resplandor que producía su figura, me señaló un enorme candado enmohecido que pasaba dos eslabones.

Volvimos a subir por donde bajamos y, ya en cubierta, me condujo hasta el escobén; yo quería preguntarle qué había detrás de ese enorme candado enmohecido por los años, hacia dónde me llevaba, etc., pero la lengua se me trababa y una atracción irresistible y misteriosa me obligaba a seguirla.

Pasamos el escobén y empezamos a caminar sobre el bauprés, siempre de la mano y con una seguridad que no la tiene el mejor grumete en el tangón.

Ya nos acercábamos al extremo, cuando oigo un grito:

—¡Eh, Escobedo!

Algo extraño pasó por mi persona, di vuelta la cara y vi al patrón del *Leonora*, arrebujado con un chaquetón y con una carabina en las manos.

Pero apenas lo alcancé a ver, perdí pie, me abalancé y caí del bauprés. Aferrado fuertemente de un cable del canastillo, quedé suspendido balanceándome como un mono.



¡La visión que tenía ante mis ojos no la olvidaré jamás!

¡Era terrible! ¡Mejor hubiera caído al mar! Los pelos se me erizaron de punta ante la visión, y grité:

—¡Aquí está!!

Allí estaba mirándome, con los mismos ojos, con la misma cara, con las mismas manos que me condujeron a través del barco, el gran mascarón de proa. ¡Era la misma figura de la visión!

—Usted se está volviendo loco, Escobedo! —me dijo el patrón cuando ya estaba en la cubierta.

—No si es sueño o verdad, patrón; no soy sonámbulo, pero le juro que la vi, y es la misma del mascarón; si usted no me grita, ésta es la hora en que estoy entre los erizos y centollas, con ella o sin ella. Mi turno había llegado, y usted me salvó la vida —le dije al patrón del *Leonora*, después de contarle el extraño caso.

—Vamos a tomar un trago de Ginebra —me dijo el hombre, y continuó—: Sentí ruido de pasos, creí que algún bote de ladrones había asaltado al pontón, tomé mi “Winchester” y me iba a despertarlos, cuando vi que usted cruzaba con una mano estirada, como si esperara que alguien se la tomara, del escobén al bauprés. Irá a levantar algún anzuelo, me dije, pero luego vi que, como un sonámbulo, caminaba

sobre el bauprés y, antes que cayera al mar, le grité.

Al día siguiente conté lo sucedido a mis compañeros; me miraron con curiosidad, como si no me encontraran mi sano juicio; pero luego llegó el patrón y confirmó mi relato.

—Vamos a ver si es cierto lo del panõl con el candado —dije; y bajamos a la bodega.

Encontré la misteriosa puerta, pero llena de telarañas, sin muestra de haber sido abierta.

—¡Esta es la puerta! —exclamé; todos la miraron asombrados; nadie se había dado cuenta, antes, de ella. Descendimos por la escalerilla a la roda, por el mismo camino que había recorrido con el fantasma o visión. Llegamos, alumbrándonos con un farol, hasta unos tambores antiguos de brea vieja, endurecida por los años, como piedra. Los retiramos con gran esfuerzo, y allí vimos la pequeña puerta cerrada con el enorme candado.

Con una barreta rompimos el mecanismo del candado y a tirones abrimos la puerta ajustada a su marco por los años.

Agachándonos, penetrarnos, el patrón y yo, en esa especie de cubichete casi metido en la misma roda, como una carlinga.

—¡Qué raro es todo esto! —murmuró el patrón del *Leonora*, mientras yo levantaba el farol para iluminar aquel cuartucho.

En el suelo descubrimos un pequeño bulto, casi a ras con el piso; al ir a tomarlo, algo se me deshizo entre los dedos, como esas cortezas de árboles podridas y secas.

Nos acercamos a mirarlo, y vimos un cadáver, al parecer de mujer, cuyo esqueleto estaba envuelto en algo que semejaba ropas; la calavera era el miembro que se hallaba más intacto.

Nada más encontramos en el cubichete, y ya nos disponíamos a retiramos, impresionados por el hallazgo, cuando divisé algo como un papel cerca del cadáver.

¡Un momento!", dije, y me dirigí a recogerlo.

Era realmente un papel apergaminado; lo acercamos al farol y leímos en él: "He caído en manos de un hombre cruel y vengativo. Quiso arrancarme el secreto de los bancos de perlas que quedan al Norte del cabo Anan-Aka; primero, ofreciéndome su mano y dándome todo lo que te nía, incluso este barco en cuya proa hizo esculpir un mascarón representando mi persona; después, me ha sometido a terribles suplicios; y, por último, me encarceló en este siniestro lugar. Lo odio, porque asesinó a mi padre y destruyó nuestra flota pesquera. Sé que me quedan pocas horas de vida en medio de un gran sufrimiento; pero no importa: ya que no pude vengar a mi padre, me llevaré a la tumba el secreto de los bancos de ostras perlíferas. Una maldición eterna caiga sobre Childrake, sobre su barco que lleva mi nombre y mi figura en su proa, sobre su tripulación y sobre todo el que habite a su bordo. —LEONORA BRUCE— 13-VI-

l863.

Pusimos los antecedentes en manos de las autoridades marítimas. Se llevaron a tierra los pocos huesos y el polvo del cadáver. El patrón del *Leonora* no quiso saber nada con el mascarón y, hecho pedazos, lo botó al mar.

En el Cementerio de Punta Arenas, en un rincón apartado, hay una cruz que clavaron manos piadosas, y en ella una inscripción que dice: “Leonora Bruce”, y debajo, donde se ponen las fechas de nacimiento y fallecimiento, dos signos interrogativos (¿?) cerrados por un paréntesis.

"Cada vez que recalamos en ese puerto. voy al cementerio a visitar la cruz, pregunto si ha desaparecido algún tripulante más del *Leonora*, y me responden que no, desde hace muchos años" —terminó el sargento carpintero.

El horizonte empezó a cargarse de nubes hacia el Suroeste; el pito de un oficial instructor se dejó oír, y la tripulación fue llamada a otras obligaciones.

Tempestad mar afuera

¡Atrinca para la Mar! ¡Atrinca para la mar!

—La enérgica voz de orden fue repetida por diferentes voces de popa, y un movimiento de hombres y jarcias recorrió a la corbeta y sus trescientos un tripulantes.

—¡El barómetro sigue bajando! —exclamó el Comandante Calderón, mientras se paseaba en el puente de mando.

—Y al anochecer estaremos a la altura del Cabo Tres Montes! —dijo el oficial de navegación, Teniente Martínez.

La corbeta navegaba ya en plena zona austral, donde los mares son extremadamente tempestuosos y los vientos huracanados.

La conversación entre el primer comandante. capitán de navío Calderón, y el oficial de ruta, Teniente Martínez, tenía lugar precisamente cuando *La Baquedano* empezaba a tener a la cuadra de babor a esa arisca cabezota que se interna en el Pacífico, antes del Golfo de Penas: la península de TaiTao.

La corbeta avanzaba a grandes voltejeadas, mar afuera, luchando con un fuerte viento del sureste, muy raro en esas regiones y que cuando sopla es augurio de tempestad.

El velamen superior había sido cargado y sólo se navegaba con las cuchillas, mesana y vergas bajas.

—¡Hoy sí que vas a ver bailar a *La Chancha*! —dijo un marinero, frotándose las manos de gusto, cuando encontró a Alejandro.

El niño ya había visto algunos temporales pequeños; pero desde que, por el frío y las borrascas, notó que habían entrado a una zona tempestuosa, empezó a esperar con inquietud el anuncio de un temporal.

Los contramaestres con los marineros más prácticos recorrían de popa a proa, amarrando cables, engrasando motones, retirando todo lo que pudiera estorbar en cubierta y disponiendo las escotas y jarcias para la rapidez de la maniobra. Un barco que fuera a entrar en combate no se prepararía mejor.

Y un combate de proporciones lo esperaba al parecer, pues el comandante Calderón se había vestido con su ropa de agua, puesto sus botas y su gran sombrero encerado. Esto lo sabía muy bien la tripulación: cuando el viejo lobo de mar salía de su lujosa guarida de popa y se ponía esta tenida, era porque ya había olido la tempestad.

A pesar de la pericia con que se realizaban las voltejeadas y virajes, no era mucho lo que se avanzaba en contra de ese maldito viento del sur. este. La costa de la península es abrupta, inhóspita y no hay dónde fondear.

—¡Lo importante es ganar el Cabo Tres Montes, y luego, si el temporal arrecia, doblar hacia el interior del Golfo de Penas y buscar fondeadero en la costa Norte! —

dijo el comandante, empleando la jerga marinera, que era el vocabulario que usaba cuando se encontraba brazo a brazo luchando con su gente.

—¡Lo importante es pasar el Cabo! —subrayó el oficial de guardia.

La comida se sirvió como se pudo. Nadie pensó en comer en plato, sino que los marineros, abrazados a las mismas garrafas, ingurgitaron con sus cucharas las sopas, los porotos y el asado, mientras el barco bailaba de babor a estribor.

A bordo la disciplina militar de cuadradas, manos a la visera, etc., llega sólo hasta cierto limite; es imposible que un cabo se cuadre ante su teniente en medio de un temporal, cuando la cuadrada puede hacer perder la vida a ambos. A bordo, en esos instantes, hay otra disciplina: la del corazón, la del valor, la de la serenidad; es superior sólo el que posee más grandes cualidades.

—Si puede ser tan grande el tenporal, ¿por qué no encienden los fuegos y navegamos a máquina? —interrogó un grumete.

—¡Cállate, imbécil, eso no lo dice un marino de *La Baquedano*! —le replicó otro, y continuó—: Hay orden de navegar a vela hasta el Messier, y se cumplirá hasta donde se pueda.

La noche empezó a caer con sus sombras negras, más negras que otras noches.

—El barómetro sigue bajando, comandante! —comunicó el oficial de ruta.

—¡No importa; más fuerte que el tifón que tuvimos en el Japón no ha de ser éste; lo importante es alcanzar Tres Montes! —expresó el comandante.

La obscuridad de la noche se hizo densa. La lluvia arreció en aguacero.

Todo fue amarrado y cerrado. Ni un ruido extranõ denotaba una puerta abierta, un cable suelto o un barril rodando; parecía que el barco había recogido todas sus cosas sueltas y las hubiera apretado c su cuerpo hasta sentirse más sólido, más unido y aligerado, para entrar en la lucha con su eterno enemigo: el mar.

—¡Todo el mundo a su coy, con la ropa de agua lista; sólo quedan en cubierta las guardias reforzadas! —ordenó el comandante.

En el entrepuente, la marinería se dispuso a descansar. Los viejos marineros se sacaron las ropas como todos los días y algunos empezaron a roncar como si estuvieran anclados en a mas tranquila de las bahías. Los grumetes estaban un poco azorados; algunos se recostaron con la ropa de agua puesta, en los coyes; otros, imitando, forzadamente, a loe viejos lobos de mar que roncaban, se desvistieron, pero sólo para darse vueltas, nerviosos, en sus colchones.

—¡Duerman, niños; si *La Chancha* se va para abajo, llegaremos durmiendo hasta la madre jibia! —dijo uno.

—¡Esta noche sí que no hay “tres bultos a estribor”, amigo Silva! —exclamó un grumete.

—¡Ni pilchas que echar por la borda! —replicó Alejandro, aludiendo a la flojera de su compañero, que por no lavar su ropa la colgaba de una soga en la borda y

dejaba que el mar se la lavase durante la navegación, por lo cual había sido amonestado en repetidas ocasiones.

—¡Esta noche no hay "tope" ni "serviolas"; van a faltar brazos para cazar y aflojar las escotas! —habló otro.

—¡Hoy todos somos iguales! —exclamó un marinero joven, muy dado a la lectura.

—A ver, tú, ¿por qué no vas al puente a tocar silencio? —dijo alguien, cuando apareció el corneta.

—¡Anda a tocarle al viento para que deje de bramar y se acueste!

—¡Te la hace tragar! —dijeron varios.

El corneta, sosteniéndose en un hierro, llevó el instrumento a sus labios y trató de tocar el suave toque de silencio, pero sólo logró dar un toque estridente y molesto.

—¡Eh, nos vienes a hacer ruido en vez de silencio! —alcanzó a protestar uno que fue despertado por el toque.

Eran las 21 horas en punto, y ya no se oyó voz alguna en el entrepuente.

En la cubierta sólo dominaban el aguacero, el viento y el mar. Los puestos más peligrosos estaban servidos por marineros, y los grumetes en los secundarios. Algunos, por orden superior, estaban amarrados al palo o a alguna parte del recinto en que les correspondía maniobrar.

Las bordadas eran prolongadas y fatigosas. Durante ellas el barco corría veloz, escorado a estribor cuando iba hacia el este, y a babor cuan. do al Oeste. Las guardias se agazapaban guareciéndose como podían de las olas que barrían la cubierta.

El temporal no daba señales de amainar; por el contrario, iba en aumento. El comandante Calderón, en persona, salía a la intemperie del puente a dar de propia voz las voces de mando, por medio de un megáfono; parecía un lobo de mar, reluciente y corpulento, con su encerado baldeado por el agua.

Los oficiales miraban sus relojes, nerviosos, sabiendo que las tempestades amainan o aumentan de cuatro en cuatro horas.

En el entrepuente ya no dormían ni los marineros más viejos; se encendieron las luces, y los hombres, de caras serenas, pero con los ojos bien abiertos, miraban fijamente al techo. La corbeta parecía quejarse, crujían sus costados como si fuerzas enormes quisieran reventarla como un huevo.

Los niños, es decir, los grumetes, empezaron a abrir sus labios en un gesto de temor a cada golpe de mar que parecía hacer pedazos a la pobre nave.

El ruido del mar venía de todos lados: de abajo, de los costados, de la cubierta misma, donde se oía azotarse las olas contra los palos y casetas.

Algunos grumetes, temerosos, temblaban ante una formidable sacudida, y se preguntaban mentalmente si estarían navegando sobre el mar o bajo el agua.

Las luces se apagaron de pronto y el sobrecogimiento aumentó.

Alejandro, con la ropa de agua puesta, se sentó en su coy y miró en derredor; todo estaba en sombras, era aterrante; todos despiertos y atentos, pero nadie profería una palabra.

La luz se volvió a encender. El ninõ, acostado, recordó las palabras de un marinero que un día le dijo:

“En el mar, cuando la muerte se acerca, hay que abrir bien los ojos y mirarla de frente; entonces no asusta: es como si fueras a desembarcar de una chalupa a un malecón. Por eso es menos feo un naufragio en un bote que en un buque; en el bote, uno está mirando a la muerte cara a cara, dan ganas de levantarse y salir caminando del brazo de ella por entre las olas; pero en un gran trasatlántico hay tanto aparato, tanto ruido y bocinazos, la muerte se anuncia con tanta cosa terrorífica, que cuando llega uno está vuelto loco. Cuando más grande es el barco, más feo es el naufragio”.

De pronto el entrepuente se fue elevando hasta un punto a donde no había llegado antes, y después descendió vertiginosamente y un golpe sordo hizo temblar en forma estruendosa a la nave; después quedó como detenida en un punto, oscilando, palpitando toda, como si estuviera en el umbral del abismo.

Los coyes chocaron contra el cielo raso del entrepuente, uno o dos hombres cayeron al suelo y algo como un chillido de terror se oyó en un rincón.

Alejandro quedó con el corazón en suspenso, como si se le fuera a salir por la boca, apretó sus manos hasta hundirse las uñas en la carne y abrió los ojos desmesuradamente, esperando, esperando a la muerte, cara a cara, como le había dicho el marinero...

Pero *La Chancha* siguió dando señales de vida entre tumbo y tumbo, más resuelta que nunca a luchar con el mar. En realidad, tres grandes olas la habían pescado en una delicada maniobra de viraje y estuvo en el punto en que un buque puede irse por ojo, cargada de agua.

—¡Fue una virada por avante; parece que se está poniendo seria la cosa! —habló un marinero, después de mucho rato.

—¡Los foques y trinquetilla seguramente no cazaron bien el viento en la virada, y el barco se aconchó! —continuó otro.

—¡Es preferible la virada por avante, de otro modo se puede perder todo lo avanzado en la bordada; el comandante Calderón es buen marino, y jamás virará dándole el trasero al viento! —terminó un viejo.

—¡Relevo de guardias! —gritó un contramaestre, abriendo la tapa de la escotilla.

Eran como las cuatro de la mañana. Los marineros y grumetes que les correspondía reemplazar a sus compañeros se aperaron con sus encerados y subieron por grupos hacia la cubierta. Entre los del palo trinquete estaba Alejandro.

Esperaron el paso de una gran ola y agrupados corrieron a sus puestos correspondientes; al niño, con dos compañeros más, le correspondía una de las

escotas.

El espectáculo de la cubierta no era menos terrible que el del entrepuente. El buque corría montando verdaderas montañas de agua; el Pacífico Sur estaba en una de sus noches de furia, y sólo grandes marinos podían desafiarlo así.

Las mares chicas las pasaba velozmente y con facilidad; pero cuando llegaban las tres características mares grandes, la velocidad disminuía, se gobernaba emproando de medio lado a las olas y las cruzaba con el reventón de una de ellas sobre la cubierta, que era barrida de proa a popa. Era el momento de peligro; los grumetes se aferraban al suelo para no ser arrastrados por el golpe de mar.

Noche horrenda. El ser humano se reduce a un frágil juguete de los elementos y sólo el heroísmo no le permite entregarse prontamente a una muerte que se espera.

—¡En tres bordadas más! creo que comenzaremos a doblar Tres Montes! —dijo el comandante, mirando su reloj.

—¡Pasó la hora en que podía amainar, y la cosa sigue peor! —exclamó el oficial de guardia.

—¡La dirección del viento no cambia! —observó el oficial de ruta.

La corbeta voltejeaba hacia mar afuera, segura a pesar del peligro.

Alejandro comprobó, ya empapado de agua, que era preferible estar afuera midiendo el peligro que encerrado en la ratonera del entrepuente.

De pronto se oyó un silbato que atravesó las bocanadas de agua y viento, y un grito de orden:

—¡Prepararse para virar por avante! —gritó el cabo contramaestre, que mandaba la guardia del trinquete.

En todos los palos los hombres se pusieron alerta.

—¡Virar por avante! —gritó una voz.

—¡Cazar las escotas de estribor!

Y otras voces de mando sucedieron a éstas.

La tripulación en sus puestos empezó a aflojar y recoger los cabos de las escotas. La corbeta dio más popa al viento y emprendió una carrera más veloz.

Cuando iba en el momento mejor de esta carrera, el comandante, en el puente de mando, gritó:

—¡Cierra a babor!

Y dos timoneles, con gran fuerza, dieron vueltas a las cabillas de la rueda, y la nave empezó a virar hacia ese lado.

—¡Cazar las escotas de babor! —se ordenó en los palos.

La Baquedano puso proa al viento, disminuyó de golpe su andar y el velamen empezó a flamear como trapos sueltos, con tal fuerza, que parecía que iba a hacerse trizas.

La barca se debatía sin velocidad y, por lo tanto, sin dirección entre las grandes

olas. Los instantes eran terribles; el momento, el más peligroso de la navegación.

Pronto el pitifoque, foque y trinquetilla dejaron de flamear, y en su seno empezaron a recoger el viento por el lado de estribor, el buque fue virando hacia babor, el resto del velamen empezó a tomar viento y partió de nuevo, escorado, en su carrera, a medias, contra el viento.

Los marineros y grumetes, después de tesar y amarrar sus escotas, se agazaparon de nuevo sobre el suelo de la cubierta en espera del término de ese suplicio.

Pronto Alejandro cambió de pensamiento y opinó que era preferible morir descansando en el entrepuente que sufrir los azotes de esa noche horrenda en la cubierta. Empapado, el frío empezó a minar su cuerpo de muchacho de quince años, y, poco a poco, fue entrando en ese estado de inanición en que se quiebran la voluntad más heroica y el espíritu más vigoroso.

El mar aumentaba sus furias; ya no parecía océano, sino un mundo de montañas enloquecidas que bailaban estrellándose unas con otras. El viento aullaba y bramaba a ratos, el aguacero caía como si otro mar se descargara encima. De vez en cuando, algo como unos gritos lacerantes, plañid eros, estentóreos. salía de las bocanadas de agua y viento: era la voz de la tempestad.

La bordada se iba haciendo larga; hacía una hora que se navegaba en la misma dirección, cuando de nuevo sonó el silbato y resonaron las voces:

—¡Prepararse para virar por avante!

El mismo movimiento anterior. Los hombres a sus puestos y los cabos listos.

De nuevo la corbeta dio más velamen, emprendió su veloz carrera y. cuando iba en lo mejor, un golpe de timón la hizo virar, esta vez hacia estribor. El mismo flameo de foques, cuchillas y mesan a; las mismas mares terribles entrando por la proa y queriendo hacer zozobrar al buque, y los mismos instantes álgidos con la muerta al frente.

Los foques cazaron el viento, la mesana y cuchillas se inflaron, y empezaba la otra bordada, cuando algo extraño se vio que ocurría en el palo mayor.

Una yerga no obedecía y, trabada, se oponía al viento, haciendo peligrar la precaria estabilidad de la nave.

El temporal pareció aprovechar el instante desventajoso en que se encontraba su enemigo, y aumentó sus furias; el buque avanzaba en mala forma. El estruendo de la tempestad era horrísono.

De pronto un hombre se destacó entre las jarcias del mayor y trepó como un mono hacia la yerga trabada.

Toda la tripulación, en suspenso, contemplaba como podía el acto de ese valiente.

A veces oscilaba como si fuera a caer al mar; pero esperaba que pasara el balance y en la otra viada aprovechaba de trepar un poco más.

De súbito, un resplandor iluminó su cara. El comandante había ordenado que

iluminaran la yerga con el reflector.

Subió con más seguridad; su cara era noble y confrontaba el peligro serenamente, sin una mueca de indecisión.

El comandante y los oficiales contemplaban, emocionados, desde el puente de mando, la maniobra del marinero.

Alejandro se olvidó de la tempestad y se aferró a dos manos para ver mejor la heroicidad de este hombre.

Subió al pie de la yerga. Se le vio afirmarse en unas jarcias y sacar un cuchillo marinero que relampagueó a la luz del reflector; se agachó y empezó a cortar un cabo manila.

De pronto se le vio morder el cuchillo con los dientes y tomarse del cabo que tenía trabada la yerga; pero esto duró un segundo; al instante, su cuerpo se desprendió de donde estaba afirmado y, colgando del cable que cortara, empezó a balancearse.

Aferrado con las manos al chicote del cabo y con el cuchillo entre los dientes, era un espectáculo sobrecogedor.

Trató, con una maroma, de trepar por el cabo; pero una ola inmensa escoró peligrosamente al barco, un golpe de viento hizo girar el velamen de la yerga y, azotado entre las jarcias, se desprendió de pronto y, como una sombra, se perdió entre la noche y el mar.

Estaba de más el grito de “¡Hombre al agua!”, como asimismo inútil "el picarón" con su salvavidas en la toldilla.

Tal cual lo preveía el comandante, a la tercera bordada, *La Baquedano* dobló el Cabo Tres Montes y entró de un largo hacia el interior del Golfo de Penas, en busca de un puerto para capear el temporal.



Con las primeras luces del alba, en una feliz maniobra, entraba a “palo seco” en la guarecida bahía de Puerto Refugio. que queda en la parte Norte del Golfo.

En el puerto le esperaba una sorpresa: una flota ballenera con el buque madre y cuatro pequeños cazadores capeaba el temporal. También lo esperaba una huella trágica: el transporte de la Armada *Valdivia*, encallado años antes en una roca marina desconocida, mostraba su popa en la superficie, como una triste advertencia a sus compañeros de flota.

La gloriosa corbeta había tenido un hijo más en la primera etapa de su ruta; pero había perdido otro muy querido. ¡El libro bitácora consignaba la misma tripulación del día de su partida de Talcahuano: trescientos hombres!

La caza de ballenas

Amaneció un día espléndido. La bahía de Puerto Refugio es un rincón rodeado de grandes cordilleras que lo defienden de todos los vientos. Musgos y algunos robles raquíticos e la única vegetación de esos cerros.

La tempestad se había disipado, y como recuerdo de ella, sólo algunas nubes blancas y algodonosas pasaban de vez en cuando desgarrándose en los altos picos.

En el centro de la bahía, *La Baquedano* descansaba como un perro mojado o como un caballo sudado que hubiera galopado leguas y leguas. Las velas colgaban de los mástiles, mojadas, inertes, como brazos caídos; en la proa se secaban los foques, semejando esos pañuelos que les ponen en la frente a los enfermos enfebrecidos.

La pobre nave, alicaída, mostraba todos los rastros del horrendo temporal que había corrido la noche anterior.

En cubierta, oficiales y tripulación recorrían las dependencias arreglando los destrozos de la tempestad.

—¡*La Chancha* parece una boya, por lo buen a para la mar! —dijo Alejandro, mientras ayudaba a un compañero a extender una vela del trinquete en el castillo.

—¡Y casi lo es! —respondió aquél, y continuó—:

Tiene triple fondo, primero el casco de fierro, luego una gruesa capa de madera especial, impermeable, dura y liviana como un corcho, y, por último, encima de todo, una revestidura de planchas de cobre para que no penetre la broma. Esta no se hunde sino a pedazos —terminó el grumete.

—¡No saldremos hasta reparar los desperfectos; tal vez hasta pasado mañana! —comentó otro.

Un toque de clarín vino a interrumpir esta conversación; se llamaba a formación para la lectura de la Orden del Día y pasar lista.

Toda la tripulación, de comandante a grumete, se puso en correcta formación en la cubierta.

Un cabo escribiente fue nombrando uno por uno a los tripulantes, que contestaban, cuadrándose, con la voz de “¡Firme!”.

Había nombrado ya más de la mitad de la tripulación, cuando dijo:

—¡Marinero primero, Juan Bautista Cárcamo! Un breve silencio, y luego se oyó una voz fuerte, pausada y grave:

—¡Muerto en actos del servicio!

Algo extraño recorrió los rostros de esos trescientos hombres, algunas pupilas tristes se elevaron para mirar la bandera tricolor que flameaba a media asta en el palo de mesana y otras cabezas se agacharon tocadas por algo hondo en el corazón.

Alejandro revivió la visión del marinero que se perdió entre la noche y el mar con el cuchillo reluciente apretado entre los dientes, y algo nuevo sintió en su interior: un

sentimiento de solidaridad, de unión con esos doscientos noventa y nueve hombres y ese barco. Todos eran una sola cosa.

El cabo escribiente continuó pasando lista.

Una vez que hubo terminado, empezó la lectura de la Orden del Día. Después de leer las disposiciones de las faenas y maniobras diarias, llegó al siguiente acápite, breve, con ese laconismo que caracteriza a los mensajes de los hombres de mar.

“Marinero Primero, Juan Bautista Cárcamo. A las 4.45 de la madrugada, en circunstancias que este tripulante, en un acto de arrojo, subió a cortar unas jarcias que entrababan a la yerga del mayor, haciendo peligrar el barco, después de haberlo conseguido, cayó al mar, pereciendo. Murió cumpliendo con su deber.”

El comandante, interrumpiendo la lectura de la Orden, habló:

—¡Vamos a guardar un minuto de silencio en memoria de ese valiente hombre de mar!

—¡Atención, firmes! —ordenó el segundo comandante—. ¡Corneta, toque silencio!

El lastimero toque de silencio resonó por los ámbitos de la bahía; la tercera nota, alta, prolongada, se fue extinguiendo como un lamento, y los trescientos hombres permanecieron firmes, cuadrados, hieráticos, con los ojos perdidos en la lejanía oceánica.

Algunos grumetes no pudieron contener las gruesas lágrimas que rodaban por sus mejillas adolescentes.

Todos tenían la cabeza alta, menos uno, el viejo sargento carpintero Escobedo, que allá en un extremo, con la cabeza ladeada, contemplaba con intensa tristeza al mar, como quien contempla una tumba abierta. Recordaba que en esa misma posición había estado otras veces, en otros mares y latitudes, a bordo de ese mismo barco, despidiendo a muchos compañeros desaparecidos.

El día y el personal se distribuyeron en arreglo de destrozos, en pesca de choros, en botes, y una comisión de cadetes y grumetes, al mando de un oficial, fue invitada por los cazadores de ballenas a presenciar una cacería.

Pasaron primero a saludar al capitán del buque insignia, *Indus 1*, donde se descuartizaban las ballenas y se derretían en grandes calderos para obtener el aceite, y luego se distribuyeron en dos cazadores de los cuatro que esa mañana se hacían a la mar: el *Chile* y el *Noruega*.

Los marinos noruegos y chilenos que tripulaban la flota les obsequiaron con boquillas de ámbar de ballena y otros hermosos objetos de marfil, elaborados durante sus ratos de ocio.

A Alejandro, que iba en la comisión, le correspondió subir al *Noruega*, pequeño y extraño vaporcito que comandaba un noruego macizo y ancho como un hipopótamo. Mientras montaba la borda, vió cómo sobre las enormes ballenas que rodeaban al

buque madre, andaban hombres con zapatos que tenían grandes clavos en la suela para sostenerse en la resbaladiza piel y amarrar los cetáceos que eran izados a cubierta para descuartizarlos y derretirlos en los tachos hirvientes de aceite de ballena.

Cuatro sirenas a un tiempo resonaron en la paz de Puerto Refugio. Contestó, más potente y gruesa, la del buque-madre, y los cuatro pequeños, gráciles y esbeltos balleneros tomaron rumbo mar afuera, a dieciséis millas por hora.

Se abrieron en abanico. Dos de ellos llevaban una comisión de tres o cuatro días, y el *Noruega* y el *Chile* sólo de un día, para dar oportunidad a los estudiantes de *La Baquedano* de presenciar una cacería.

—Lo importante es que encontremos ballenas! —habló un piloto del *Noruega*, y explicándoles a los cadetes y grumetes, continuó—: Los cazadores salen a alta mar en busca de ballenas, por tres o cuatro días. Primero se dedican exclusivamente a cazarlas. A cada ballena cazada se le coloca en el lomo una bandera que lleva el nombre del barco, se la deja flotando a la deriva, porque sería imposible continuar persiguiendo a las otras con uno o dos de estos pesados cetáceos a remolque.

“Generalmente, cada cazador trae de dos a cuatro ballenas, a veces logra cazarlas en un día, y otros demoran cuatro para obtener una. Difícil es que regrese uno sin ballenas al puerto, donde nos espera el buque-industria o insignia, y si así sucede, se tapa la cara de vergüenza antes de entrar”, terminó, sonriendo, el piloto.

Mientras el *Noruega* navegaba a toda máquina, visitaron, además, el cañón de proa donde se coloca el arpón y se dispara con una carga de pólvora igual que un proyectil.

—El arpón es un hierro aguzado de más o menos un metro de largo y dos pulgadas de diámetro —siguió explicando el piloto—, que en su punta lleva recogidos tres o cuatro fierros más pequeños que se abren en la forma en que se abren los rayos de un paraguas cuando el arpón ha penetrado en el cuerpo de la ballena y el cable a que va adherido lo contiene; eso se llama espoleta. La ballena, herida, se lanza a toda velocidad y el cable empieza a desenrollarse desde un tambor que hay en el fondo de la bodega y que tiene, además, un gran resorte de acero, para amortiguar los tirones de los últimos estertores.

Habrían navegado más de dos horas. El *Noruega* empezó a dar grandes círculos, mientras en la cofa un vigía escudriñaba las lejanías.

—¡El grumete Silva debía estar allí! —dijo uno, y todos rieron con cordialidad recordando la equivocación del niño cuando hizo su primera guardia de "tope" y no supo distinguir las ballenas.

El mar, con una ola un poco gruesa, parecía un inmenso potrero arado. En la lejanía se divisaba al *Chile*, rondando también como un curioso centinela de esos mares.

Se sirvió un almuerzo frugal a bordo.

—Nuestras amigas ballenas parece que les tienen miedo a ustedes! —dijo en la pequeña cámara el grueso capitán noruego.

A la media tarde se oyó, de pronto, la voz del vigía, que lanzó el tradicional grito de:

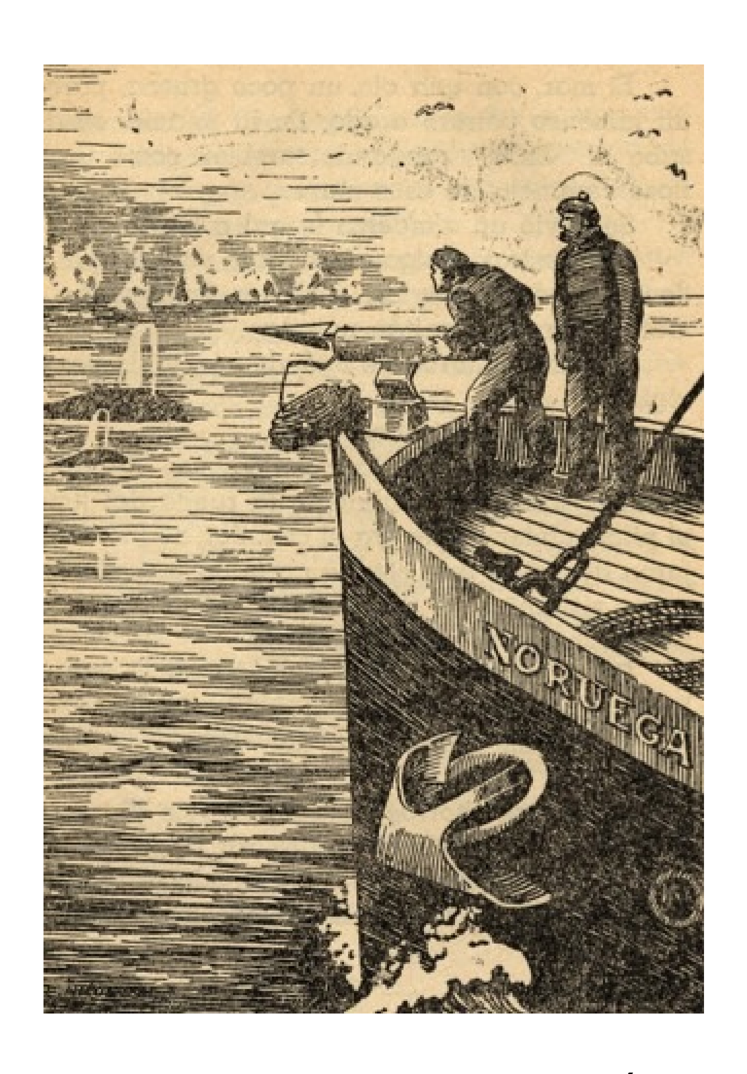
—¡Ballena a proa!

La tripulación corrió a sus puestos. El capitán noruego tomó personalmente la rueda del timón; el piloto chileno, que era el cazador, se fue a proa junto al cañón que estaba cargado con el arpón y los visitantes se acomodaron de la mejor manera para presenciar la cacería.

En el horizonte, de súbito, varios chorros de agua se levantaron hacia el cielo.

—¡Vienen arrancando del *Chile*! —profirió el capitán.

Luego los chorros desaparecieron. El capitán ordenó a toda máquina, viró rápidamente a su buque y lo dirigió a un determinado punto, lejos del lugar donde habían aparecido los chorros.



El viejo lobo de los mares nórdicos de Europa conocía muy bien su profesión. Vió que las ballenas se zambulleron, y como sabía la dirección en que iban a nadar bajo el mar, se dirigió calculando el punto preciso en que suponía que debían asomar

de nuevo a la superficie.

El *Noruega*corría a más de dieciséis millas por hora. Todo el mundo estaba anhelante en sus puestos. Sólo el mar, impasible, parecía no darse cuenta de que le iban a arrancar a uno de sus más hermosos y grandes hijos.

De pronto se ordenó parar las máquinas; ni un ruido se oía a bordo, y el capitán, en la cañ de timón, con la viada del andar, empezó a zigzaguear cautelosamente.

De súbito, el mar se levantó como impulsado por una extraña corriente y algo como una ola más negra brotó en la superficie; luego otra más pequeñ emergió a su lado y cuatro chorros de agua se levantaron a gran altura. Eran una ballena grande y otra pequeña.

El barco giró como lo hace un caballo sobre sus patas traseras cuando el huaso le aplica un golpe de riendas y de espuelas. Una detonación dominó el ruido de aguas y el animal se sumergió rápidamente.

El cable se desenrolló sólo un poco. El capitán, en tono airado, gritó:

—¡No dió en blanco, piloto!

—¡Sí, capitán; el arpón le entró en pleno costado! —respondió el piloto, con seguridad.

Los segundos que pasaban eran de expectación.

De pronto, e pequeño barco cazador se estremeció y una cola gigante emergió en uno de sus costados, pasó más arriba de la borda y se azotó contra las casetas del barco.

La gente arrancó despavorida hacia el otro costado, y cadetes y grumetes se mojaron como si hubiera entrado una ola.

La ballena, embravecida, siguió dando terribles coletazos en el costado del pequeño cazador.

—¡Adelante, a toda máquina! —ordenó el capitán, y el Noruega se desprendió de su enemiga.

La ballena se sumergió de nuevo y esta vez el cable empezó a desenrollarse vertiginosamente. El *Noruega* navegaba a toda máquina en la misma dirección; sobre la superficie una gruesa estela de sangre indicaba el postrer camino del cetáceo.

Al poco rato, el carretel de la bodega dió todo el calle que enrollaba y sólo quedó el resorte que amortiguaba los fuertes tirones que en los últimos estertores, desde la lejanía. producía la ballena ahondando su herida con el arpón y su espoleta abierta como cuatro anzuelos en sus entrañas.

—Rara vez sucede esto; generalmente, apenas se sienten heridas, arrancan sumergidas —dijo el piloto a los grumetes.

El buque empezó a recoger el cable a medida que avanzaba, disminuyendo su andar proporcionalmente.

Al acercarse, se vió algo que rondaba alrededor del cetáceo muerto; dos chorros

de agua se levantaron de nuevo y desaparecieron de la superficie.

—¡Es un ballenato, la ballena es hembra! —dijo el capitán, y continuó—: Para muestra, basta por hoy; remolquemos con el mismo cable la ballena hasta Puerto Refugio.

Al iniciar el remolque, el *Noruega* con su ballena al costado, surgió en la superficie nuevamente el pequeño y hermoso ballenato al lado de su madre muerta.

El pequeño cetáceo, de unos ocho metros de largo, rondó más alrededor del inerte cadáver, lo rozó con el hocico, como tratando de despertarla de su extraño sueño, y luego se perdió lentamente bajo las aguas, para reaparecer una y otra vez como tratando de comprender lo que sucedía.

—¿Por qué no le disparan? —preguntó alguien.

—¡Está prohibido matar un ballenato! —respondió uno del buque.

En la proa, junto al arpón, el cazador agachó la cabeza como si la luz venía del cielo le molestara.

Los Alacalufes

De un largo, navegando una noche y un día, “La Baquedano” atravesó el Golfo de Penas, desde Puerto Refugio a la entrada del Canal Messier.

Al atardecer estuvo a la cuadra (al frente) del Faro San Pedro y de la Radioestación que hay en ese solitario paraje.

La etapa de navegación a vela estaba cumplida. Se ordenó arriar el velamen y la corbeta entró en las tranquilas aguas de los angostos can ales con sus máquinas auxiliares, que sólo la hacían desarrollar una velocidad máxima de siete millas por hora. Además, la navegación a vela, para un buque grande, es imposible en esos estrechos canales de vientos extraños y arremolineados.

La navegación continuó con cierta monotonía. El barco se deslizaba noche y día por entre canales tortuosos, en medio de grandes montañas y por aguas quietas, profundas y renegridas por las sombras de los cerros.

Después del “Paso del Abismo” vino la “Angostura Inglesa”, el paso más difícil de los canales magallánicos.

Al avistarla, se tornaron todas las medidas que ordena el reglamento náutico; se comprobó la corriente, la posición de las pirámides situadas en la cumbre de las innumerables islas y rocas, las boyas y otras balizas que hacían el papel de policías dirigiendo el tránsito entre esa tierra despedazada.

En la angostura sólo puede pasar una nave de una vez. Así es que el reglamento dispone que, antes de iniciar el paso, el buque lance un prolongado toque de sirena, como los autos al doblar una curva en las carreteras.

Dos hombres se pusieron en los winches del cabrestante, listos para largar las cadenas al fondo del mar en caso de peligro, y, cuando estuvo todo dispuesto, la corbeta dió un pitazo largo y a toda máquina empezó a culebrear entre los islotes. En el último, la maniobra se hizo más difícil; debía bordear una isla redonda pasamano al borde de un gigantesco cerro. Aquí muchas naves han terminado su carrera.

La banda de la corbeta se colocaba en el castillo de proa y la tripulación formaba en el puente.

“La Baquedano” pasó rozando los robles del cerro. Viró rápidamente a babor y estribor y salió por el canal abierto que conduce a Puerto Edén.

Puerto Edén es tan hermoso como su nombre lo indica. Es una bahía que se encuentra después de un dédalo de islas.

—¡Es extraño que no nos haya salido al encuentro una flotilla de indios alacalufes, pues aquí hay muchos! —dijo un marinero que, junto al niño, miraba la entrada al laberinto de islas.

—¡Mire! —dijo el niño, y señaló un barco de gran tonelaje que apareció detrás de una isla.

—¡Está encallado! —exclamó el marinero.

Efectivamente, el barco estaba con la proa levantada y ladeado de estribor. A su alrededor había ocho o diez canoas con indios.

La corbeta pasó de largo, dio un rodeo por otro paso y fue a anclar en la bahía. Los indios, cuando la vieron, se embarcaron en sus canoas y se perdieron canal adentro.

—¡Algo malo han hecho estos badulaques, cuando escapan! —dijo el comandante—; de lo contrario, se hubieran acercado a pedir pan y ropas.



—¡Mire, comandante! —dijo el oficial de ruta, señalando una pirámide sobre una isla.

—¡Canallas! —expresó aquél—. Cambiaron la pirámide de una isla a otra para hacer equivocarse al capitán del barco y encallar la nave; avise inmediatamente a las Radioestaciones y a los barcos que naveguen en la ruta.

Los alacalufes son considerados la raza más atrasada de la tierra; viven en los canales comiendo lobos y peces, y tenían esta costumbre criminal de cambiar las balizas para hacer encallar a lo buques y robar cuanto pillaban. Afortunadamente la Armada ha construido en esta zona balizas que, por su solidez, son indestructibles e

inamovibles.

Un día entero la tripulación trabajó para dejar la pirámide en su sitio, y se siguió rumbo a Punta Arenas.

—Comunique a las naves que navegan en la ruta que el canal está lleno de témpanos y la navegación es peligrosa! —ordenó el comandante.

La corbeta, a medio andar, avanzaba por entre una caravana de extrañas figuras blancas: elefantes echados, cisnes, esquifes, catedrales, rascacielos, figuras humanas, en fin, todas las formas caprichosas que tienen los témpanos cuando se desprenden de los ventisqueros y las que van adquiriendo a medida que se van dando vueltas por las corrientes marinas.

El témpano es una masa de hielo de los mares australes que tiene sumergido cinco o seis veces el volumen que muestra sobre la superficie; de allí que un choque con uno que parece pequeño sea a veces fatal para un barco.

—Hoy tenemos ejercicio de tiro, mi capitán. ¿Por qué no aprovechamos los témpanos para blancos? —dijo un joven oficial artillero, dirigiéndose al Segundo.

—¡Después de realizar lo que ordena el reglamento, probaremos algunos disparos con ellos!

—replicó el Segundo, con seriedad, pero accediendo a la petición del oficial.

Una hora más tarde, desde el puente donde estaba instalada la central de tiro, comandada por un teniente segundo artillero, se oyó una voz de orden:

—¡Los artilleros a ocupar sus puestos!

Se iba a efectuar el primer ejercicio. La corbeta entró a una pequeña ensenada en forma de herradura y echó anclas.

Sorpresivamente, al otro lado del canal empezaron a pasar a la cuadra de la nave varias boyas, como pequeños barriles, que llevaban una banderola roja, y que habían sido largadas por un bote-motor que se adelantó a la corbeta.

Las boyas, que eran los blancos para efectuar el tiro, pasaban arrastradas por el viento y la corriente a bastante velocidad. El telemetrista maniobró y, rápidamente, el teniente director de tiro dio la orden:

—¡Fuego!

Un disparo y el proyectil levantó una columna de agua casi junto a la pequeña boya.

Después de horquillar al blanco con dos tiros, un tercero hizo saltar la banderola destrozando el barril.

Luego surgieron numerosas boyas con sus banderolas. Las órdenes se repitieron más enérgicamente y los cañones de la corbeta empezaron a disparar rápidamente.

Las columnas de agua se sucedían. Los servidores de las piezas de artillería, no bien colocaban el proyectil en la recámara, tiraban el cordel del gatillo y el cañón reculaba sobre sus muelles. En menos de dos minutos, la flotilla de boyas quedó

destruida; sólo una, con su banderola flameando, parecía desafiar la puntería de los artilleros; pero un cañón quedó solo, disparándole.

El oleaje del canal subía y bajaba a la boya; los proyectiles levantaban columnas de agua en su base misma y cuando envuelta en espuma aparecía después, volvía a surgir entera, con su bandera al tope. El cañón seguía disparando con sus artilleros, ansiosos de hacer desaparecer ese frágil objeto que se burlaba de su puntería.

Ya en la lejanía, un disparo hizo volar la banderola. Una exclamación de triunfo hubo en cubierta; pero era sólo la banderola; el pequeño barril, apenas visible, seguía en la superficie.

El director de tiro ordenó cesar el fuego: el blanco era ya tan diminuto que hacía imposible la puntería.

La corbeta elevó anclas y partió de nuevo hacia el canal, uno de los más anchos de la ruta.

La corriente y el viento habían acumulado numerosos témpanos hacia un costado del canal. El buque-escuela empezó a navegar apegado a la otra costa, a toda máquina.

Se oyeron las mismas voces de mando y la artillería empezó a atronar el canal.

Algunos témpanos reventaron por los aires como pequeños y extraños navíos en un combate naval. Se usaban proyectiles de percusión; balas que penetran en el interior y luego estallan como una bomba.

En una vuelta del canal apareció de súbito un témpano gigantesco, como un enorme navío de cristal que de pronto se hubiera hecho a la mar. La visión era fantástica; la luz del sol se descomponía en mil colores vivos en las entrañas del hielo, y reflejaba esa luz como si innumerables reflectores pequeños iluminaran la navegación de tan bello barco. Bello, pero peligroso; un choque con él hundiría cualquier barco.

La corbeta, a todo andar, viró un poco para dirigir todos sus cañones de babor hacia el témpano, y una detonación atronó el canal. El buque- escuela había disparado una andanada que lo hizo escorarse corno cuando navegaba a vela.

Los proyectiles penetraron en el corazón del témpano y después de unos segundos estallaron, haciendo volar a la gigantesca masa de hielo, desde sus cimientos, regando el cielo y el mar con pedazos de hielo y de luz.

La corbeta cumplía así una doble misión: realizar sus ejercicios reglamentarios y barrer con los témpanos que hacían peligrar la navegación de otros barcos. Es decir, prepararse como buque de guerra y servil como buque de paz.

De Punta Arenas a la "Tumba del diablo"

LA BAQUEDANO visitó algunos faros, repartió algunas ropas y víveres entre los indios alacalufes, pasó a llenar sus bodegas en las carboneras que la Armada tiene en la península Muñoz Gamero, dio la vuelta al cabo Froward , abrupto peñón que marca el fin de la parte continental del Nuevo Mundo y, pasado el Faro San Isidro, una manãna de invierno avistó la herniosa ciudad de Punta Arenas, de cuarenta mil habitantes, situada en las márgenes del Estrecho de Magallanes, frente a la legendaria isla de Tierra del Fuego.

La tripulación subió a cubierta para conternplar la primera ciudad después de un mes de viaje por parajes inhabitados, canales y fiordos, efectuando maniobras.

“¡Punta Arenas!”, suspiró Alejandro en el puente del castillo, mirando a la ciudad que empezaba a destacarse en la lejanía y pensando en la promesa que le había hecho a su madre: encontrar a su hermano Manuel o noticias de él.

La ciudad, recostada en las faldas de la península de Brünswick, apareció completamente blanca de nieve, como si fuera una fantástica metrópoli de mármol.

La corbeta echó anclas al mar, frente a un gigantesco muelle que avanzaba mar adentro y donde poderosas grúas cargaban y descargaban mercaderías de grandes barcos, con banderas de diferentes nacionalidades.

—Son buques caponeros y laneros que vienen de Europa a buscar lana y carne frigorizada, principales riquezas de esta gran zona ganadera!

—explicó un marinero a Alejandro.

Con los cañonazos reglamentarios se recibió la visita de las autoridades navales y el Comandante de la Plaza.

El día siguiente era domingo, y en aquella última ciudad de Chile se realiza una ceremonia especial al mediodía: el izamiento de la bandera. En homenaje a la ciudad, la tripulación de desembarco de la corbeta desfilaría al día siguiente en la ceremonia patriótica.

Efectivamente, como a las 11 de la manãna, al otro día, los botes de la corbeta empezaron a desembarcar a la tropa del buque. Los pequeños botes-motores parecían racimos de margaritas con las gorras blancas de los apuestos “managus” (marineros de la Armada).

—¡Al hombro, armas! ¡A la derecha, conversión por escuadras! ¡De frente, mar!... —ordenó, con poderosa voz de mando, el teniente que comandaba a la tropa de desembarco.

La banda inició una vibrante marcha y la compañía de desembarco, con sus ‘hombres vestidos de azul, gorra blanca y pequeñas polainas cafés, inició la marcha con las bayonetas caladas.

La nieve cubría las calles, los autos se deslizaban como grandes cucarachas,

patinando, y todo aquello era extraño y hermoso para los ojos de los jóvenes marinos.

El público aplaudía el paso de los marinos que desde el corazón de la patria llegaban a la lejana ciudad, y lo que más les llamaba la atención eran las arriesgadas pruebas que realizaba el tambor mayor con su guaripola en los instantes que convergía en las esquinas.

La Plaza, con sus árboles cargados de nieve, como si fueran duraznos en primavera tupidos de azahares, estaba repleta de gente esperando a los marinos.

La compañía presentó armas y luego desfiló gallardamente en medio de los aplausos y exclamaciones del público.

Hubo grandes festejos durante una semana; en todas partes los jóvenes grumetes y cadetes eran jubilosamente recibidos.

Al final de esa semana, un grumete muy joven, adolescente aún, ponía la siguiente carta en el Correo de la localidad:

“Señora María vda. de Silva. —Talcahuano.

Querida mamá:

Te escribo en la primera ciudad y en el primer correo que hemos encontrado después de tan largo viaje. Sé que usted ya me habrá perdonado, como me perdonó el comandante de mi buque, que me hizo grumete de la Armada de Chile.

Después de narrarle las partes más interesantes del viaje, terminaba la carta así:

Aquí, en esta ciudad de Punta Arenas, todo es hermoso y blanco. Hemos visitado las grandes estancias donde pastorean los dos millones de ovejas que dicen tiene toda la Patagonia; hemos visto los frigoríficos donde congelan la carne que mandan al Norte del país y a Europa, principalmente; hemos visto cómo juega la gente en patines de hielo, esquí y trineos. Las casas son muy bien construidas, las calles pavimentadas, y todo está tan en orden y limpio como el centro de Concepción y otras ciudades de Chile.

Madre, he recorrido todos los rincones en busca de mi hermano, y nadie me ha dado una noticia, En los Registros de la Gobernación Marítima aparece su llegada; pero después no hay datos de que haya salido de la ciudad. Tampoco los hay en los retenes de Carabineros que anotan la salida de viajeros por los únicos dos caminos que parten de la ciudad.

Un viejo cazador de lobos me dice que bien puede que se haya embarcado a última hora, clandestinamente, en algún cúter (velero pequeño) que haya salido en la caza de nutrias y lobos de dos pelos.

En fin, madre, no se desespere todavía; mañana zarpamos hacia el Cabo de Hornos, último punto de nuestro viaje, y puede ser que encuentre noticias de Manuel.

La besa y la abraza su hijo ALEJANDRO.

En realidad, el niño estaba desesperado, y no quería decírselo a su buena madre en la carta. Había buscado por todas partes a su hermano, sin encontrarlo, y ahora

partía otra vez a regiones desoladas y habitadas sólo por indios, cazadores de nutrias, loberos, buscadores de oro y contrabandistas, donde menos podía hallarlo.

Al día siguiente, por la tarde, después de haberse pertrechado de víveres y carbón, la corbeta zarpó rumbo al Cabo de Hornos, empleando navegación mixta: vela y máquina.

Al pasar frente a los últimos barcos fondeados al final de la bahía, el Sargento Escobedo, señalando con la mano un viejo velero, maltrecho y oxidado por los años, casi fundido con las leves sombras del atardecer, dijo a Alejandro:

—¡Ese es el “Leonora” del fantasma! Fui a ver la cruz en tierra, y me dijeron que nadie ha muerto aún a su bordo; como ves, yo desembrujé ese pontón.

La corbeta empezó a descender por la cola de América, a través del Canal Magdalena.

—¡Hace mucho frío y es extraña esta tierra!

—dijo un grumete una tarde en que la nieve caía silenciosamente tapizando la cubierta y engrosando fant6sticamente las jarcias.

Las nevadas impidieron la navegación a vela en los canales anchos.

En el terrible paso del “Brechnwock” la corbeta sintió un preludio del Cabo de Hornos. Enormes olas y raras corrientes la zarandearon durante el par de horas que duró la travesía.

Luego entró por el brazo Noreste del canal “Beagle”, famoso entre los navegantes por ser la ruta más austral del mundo, y pasó la temida Isla del Diablo, que marca la confluencia de los dos brazos del canal.

Una noche, en plena zona de ventisqueros, el Sargento Escobedo empezó a mostrarle a Alejandro y a otros grumetes las enormes montanãs de hielo que veteaban la costa.

—¡Son los ventisqueros Italia y Romanche!

—dijo el sargento. Y continuó—: Una vez se desprendió de uno de éstos un témpano fantasma, que tuvo atemorizados por un buen tiempo a los navegantes. En medio de las tempestades aparecía de pronto entre las olas y hundía a las embarcaciones.

Sobre el témpano, un cadáver indicaba con su mano estirada que los navegantes volvieran al Norte, y cuando no obedecían, los hacía naufragar.

Los indios yaganes decían que era el Gran Espíritu de su raza que echaba a los blancos que iban a cazar las nutrias y lobos de sus mares.

Pero un día el témpano se deshizo y todo se descubrió: era un indio yagan que se había perdido en el ventisquero persiguiendo alguna nutria; murió helado, los hielos lo incrustaron, y, cuando el témpano se desprendió, salió al mar como un macabro pasajero del témpano.

—¡Esto ya es el fin del mundo —dijo Escobedo—; cuando pasemos por el canal

Murray verán cómo las corrientes cambian, los lobos no les temen a los hombres y las estrellas en las noches parece que se pudieran alcanzar con la mano!

La Baquedano visito a Navarino, Gendegaia, Kamasaka, las Islas Lenox, Picton y Nueva, donde algunos esforzados pobladores llevan una vida de desterrados.

Todo es fiero allí: el mar, las montañas enormes, el viento, la nieve, la naturaleza toda. Acaba, en verdad, el mundo en esa tierra chilena.

Volvió la corbeta a recorrer esa parte del “Beagle” y bajó por el canal Murray, donde las corrientes son peligrosas y abundan las loberías.

Como en los grandes momentos, una mañana se dio la orden de izar todo el velamen: la corbeta iba a visitar el Gran Cabo de Hornos, y el comandante quería hacerlo como corresponde a un gran marino y a un gran velero.

La nave empezó a surcar las enormes olas y, navegando de un largo, se lanzó mar afuera, como un pez en el agua. La tripulación hinchó de nuevo el pecho de gusto.

Poco antes del atardecer, en la lejanía apareció un peñón que caía destrozado en grandes rocas al mar.

—¡Es el famoso Cabo de Hornos que marca la unión de los dos océanos: el Pacífico y el Atlántico! —dijo un sargento.

—¡Hoy está como una taza de leche! —dijo otro.

—¡No le hables así al ‘Cabo Tieso”! —dijo un marinero—; éste oye y se enfurece en un minuto.

La corbeta, gallardamente, dio un gran viraje frente al peñón. El lugar era de desolación: ni un ave, ni un animal, sólo ese peñón agreste y solitario a donde iban a romperse las enormes olas de los dos océanos en el fin de la América: el Pacífico y el Atlántico.

El sargento Escobedo se acercó al grumete Alejandro, que contemplaba sobrecogido el Cabo de Hornos, y le dijo:

—Aquí está la sepultura del Diablo; está amarrado y fondeado con tres toneladas de grilletes y cadenas! ¡En las noches de tempestad arrastra sus cadenas debajo del mar, y los pocos marinos que lo han oído y están vivos dicen que es un ruido terrible, que queda en los oídos para siempre! ¡Más horrible que el de la tempestad!



Acababa de decir estas frases el sargento carpintero, cuando las grandes olas empezaron a ennegrecer, algunas bocanadas de viento vinieron tanto del Pacífico como del Atlántico, y la corbeta emprendió velozmente el regreso.

Detrás de los témpanos

¡Mañana entraremos en la zona inexplorada que sólo se conoce con el nombre que le dan los indios yaganes, “Detrás de los Témpanos”! —dijo el comandante a un oficial.

La corbeta ascendía por unos extraños canales, rodeados de cordilleras cubiertas de nieve.

El mar en algunas partes estaba helado, y las gaviotas y palomas del Cabo, acosadas por el hambre, por no poder pescar su alimento, descendían patinando sobre la superficie helada.

Muy de tarde en tarde asomaban los bigotes de algún gran lobo, que rompía el hielo como un monstruoso maniquí que quebrara los cristales de una gran vidriera.

Al día siguiente, el oficial de ruta ordenaba:

—¡No es prudente seguir más adelante; el canal se angosta cada vez más y el aumento de sargazos indica la presencia de peligrosas rocas submarinas!

La corbeta buscó un buen fondeadero, y ese mismo día empezaron a prepararse las chalupas que debían continuar las exploraciones en el interior de esos desconocidos fiordos y canales.

—¡Disponemos de siete días para explorar y levantar las respectivas cartas de navegación! Mañana, a primera hora, deben partir dos comisiones hidrográficas —ordenó el comandante a su segundo.

Escudriñando con sus catalejos, un oficial, de pronto, exclamó:

—¡Algo se mueve allá en el fondo del canal, parecen canoas que avanzan!

Al poco rato se confirmaba la suposición: una flotilla de cinco canoas se acercaba; pero estas canoas eran mejor construidas que las de los indios alacalufes, más esbeltas y llevaban un mástil para la vela.

—¡Son yaganes! —continuó el oficial—. Aprenden a leer en dos meses; cuando los primeros navegantes los descubrieron eran alrededor de quince mil almas, de las que ahora sólo quedan unas quinientas.

Las canoas se acercaron al costado del buque.

Entre la veintena de indios de rostros morenos y ojos oblicuos, parecidos a los japoneses, se destacaba la cara blanca de un hombre corpulento.

—¡Hay un blanco entre ellos! —profirió el oficial de guardia.

—¡Puede ser algún reo evadido del presidio argentino de Usuahía, o bien algún aventurero buscador de oro que se ha quedado entre los indios! —comentó un oficial.

La canoa en que venía el hombre blanco se acercó a la escalera del buque y por ella subió el extraño compañero de los yaganes, cubierto con un traje de pieles de nutria.

—¡Quisiera hablar con el capitán del buque!

—dijo al oficial que le salió al encuentro en el portalón.

—Si desea víveres, no hay necesidad de molestar al comandante; le daremos unos pocos! —le contestó el guardiamarina.

—¡No somos como otros indios; no recibimos las cosas de limosna, sino que las compramos; par a eso tenemos pieles y pepas de oro! —replicó el visitante.

—¡Pero usted no es indio!

—Eso no interesa, es lo mismo que si lo fuera!

El oficial no quiso discutir más, y lo llevó a presencia del comandante.

Al pasar el portalón, casi tropezó con el grumete de guardia, que mantenía su carabina al hombro.

Al cruzarse sus miradas, quedaron como sorprendidos, y algo extraño pasó por los ojos del grumete y el visitante. Sólo fue un rápido instante; éste siguió hacia la cámara del comandante.

Un compañero se acercó al grumete de guardia, y le dijo:

—¡Oye, Alejandro, ni hermano que fueras del que entró; tu cara y la de él son parecidas!

Al oír la palabra hermano, el niño abrió la boca como si de súbito hubiera descubierto algo enorme, y sólo atinó a exclamar:

—¡A lo mejor es él!

—¿Qué te pasa? —le dijo, asombrado, el otro grumete.

—¡Ando buscando a mi hermano Manuel, que partió al Sur hace muchos años, cuando yo era pequeño! —dijo el grumete revelando el secreto que también era causa de su viaje.

Ante la intransigencia del visitante, el comandante ordenó que se le cambiaran víveres por pieles, bajo el control del Teniente Contador, para venderlas en el Norte y mejorar el rancho o comprar algo para el bienestar de la tripulación. Como asimismo, si algún tripulante quería venderles ropas, debía hacerse ante el oficial paras evitar abusos con los indígenas.

Al salir de la cámara, el grumete Alejandro Silva se cuadró ante el oficial que conducía al visitante, y le dijo:

—¡Permiso, mi guardiamarina, para hablar con este hombre!

El oficial accedió con un movimiento de cabeza, sorprendido.

—¿Para qué? —intervino, secamente, el aludido.

—¡Quisiera saber su nombre! —dijo el niño.

—¡Eso no interesa en estas tierras! —replicó molesto el visitante.

El guardiamarina, de pronto, se dio cuenta del parecido de las dos personas, y esperó con curiosidad el término del diálogo.

—¡Es que!... —balbució el grumete; pero el extraño interrumpió:

—¡Mi nombre no interesa a nadie aquí; no soy un escapado del presidio de

Usuahía, sino un pacifico cacique de esta tribu de yaganes que vive libremente de la caza! —terminó el cazador, y sin esperar más siguió su camino.

Alejandro quedó atónito, desolado; iba a decir algo, pero se le trabó la lengua de emoción. Estuvo al borde de una felicidad inmensa, que ahora parecía escapársele por ese nudo de angustia que le apretaba la garganta.

—¡Oiga, deténgase! —ordenó el oficial, y continuó—: ¿Por qué no le dice su nombre al grumete? ¡De todas maneras va a tener que decirlo, porque no se le venderá nada sin firmar las facturas en que conste lo que ha recibido y entregado!



—¡Bueno, si es así, lo diré! —dijo el cazador—:

¡Me llamo Manuel Silva Cáceres!

—¡Mi hermano! —gritó Alejandro, abalanzándose a abrazarlo.

La escena que presenciaron los tripulantes que estaban cerca fue patética. Los dos hermanos estaban abrazados con la más profunda emoción.

Manuel se separó un poco, y con el entrecejo ceñido de emoción, contempló la cara de su joven hermano, cuyas lágrimas rodaban por su rostro, y le dijo:

—¡Por eso, algo raro me pasó cuando te encontré en el portalón; al verte, la cara de mi madre se me vino a la memorial ¡Pero jamás pensé que tú pudieras ser el pequenõ Alejandro que dejé un día en Talcahuano!

El paraiso de las Nutrias

NADIE puede llegar hasta aquí —dijo Manuel a Alejandro, senãl ando un formidable ventisquero que cerraba, de pronto, totalmente el canal, y prosiguió—: Si algún ser humano llegó alguna vez hasta aquí, no habrá pasado más adelante, porque ha creído que el canal termina en el ventisquero; pero más adelante verás el secreto.

—¡No olvides que el Oficial del Detalle me dio sólo tres días de permiso! —dijo Alejandro, mientras se acomodaba en la popa de la canoa junto a su hermano.

La flotilla de cinco canoas tripuladas por yaganes llegaba a un ventisquero gigante que daba término al tortuoso canal.

El Segundo Comandante, en vista de los acontecimientos, había concedido tres días de permiso para que el grumete visitara los dominios de su extraño y aventurero hermano, ya que la corbeta iba a estar anclada una semana en ese lugar, efectuando levantamientos de cartas.

Los dos hermanos con alma de aventureros se habían contado sus vidas. Simple y corta la una, larga y accidentada la otra.

—¡Es muy difícil escribir desde estos lugares, visitado sólo por uno que otro cúter lobero en el anõ! expresó Manuel—. Además, no quería apenar a mi pobre vieja contándole mi decisión.

“Vine aquí desde puerto Haberton. Allí los indios eran explotados canallescamente por un ex presidiario que capitaneaba una banda de buscadores de oro, crueles y desalmados."

Tuve una reyerta con ellos, de la cual salí muy herido. Una joven india, la que luego conocerás, y que es mi esposa y madre de’ mis tres hijos, curó mis heridas.

Convencí al jefe de la tribu que viniéramos a estas tierras desconocidas. Los conduje con experiencia y cuando descubrí “El Paraíso de las Nutrias”, como le puse a la región que queda detrás del ventisquero, me nombraron su segundo jefe. Luego murió e] cacique y m designaron para gobernarlos.

Les he ensenãdo a leer, a hacer herramientas y a ser buenos y nobles como en la sociedad más civilizada.

Vivimos felices, y ya me he acostumbrado tanto a esta vida, que creo que jamás saldré de El Paraíso de las Nutrias —termino Manuel.

Dio una orden en lengua yagana, y la flotilla se acercó hasta el borde de la muralla de hielo que avanzaba hasta tocar con la roca de la montaña; pero, en realidad, el ventisquero sólo parecía chocar con la montaña, pues, una por una, las canoas fueron bordeándolo y pasando a través de un pasaje de agua, increíblemente pequeño, que dividía las dos moles, la de piedra y la de hielo.

—Nadie se atrevió llegar hasta aquí1 —dijo Manuel.

Las canoas fueron pasando por esa abertura como un abismo y salieron a un mar

interior de extraordinaria belleza; por un lado, la costa era el ventisquero que seguía tierra adentro, y por el otro, la montaña que descendía en hermosos faldeos cubiertos de exuberantes robledales.

—Esto está protegido de los vientos, y, más al interior, el clima no es tan duro como en el resto de la zona. Hay nutrias en abundancia y un río cuyo lecho está cargado de oro. Cazamos sólo lo necesario y sacamos el oro justo para comprar víveres a un poblador, con el que cada seis meses nos encontramos en la península Pasteur. Así no provocamos sospechas contra esta fuente de riquezas y mantenemos el secreto de “El Paraíso de las Nutrias”. Tú, por la felicidad de nuestra tribu, debes guardar también este secreto.

—¡Te lo prometo! —dijo Alejandro.

Las canoas atracaron a una suave playa bordada de juncales, mata negra, calafates, y más al interior parrillas y robles. “El Paraíso de las Nutrias” tenía una vegetación más pródiga que otros lugares de la zona.



Los yaganes, que serían más o menos unos cincuenta, hacían una pequeña

población, al borde de esa playa, de más o menos quince rucas, construídas con una armadura de madera sobre la cual se extendía una carpa de piel de lobo de mar.

La indiada recibió con curiosidad al extraño visitante.

—¿Le tienes miedo a los muertos? —le pregunté al Casi.

Manuel habló en lengua yagana y la curiosidad se transformó en simpatía. ¡Era el hermano del jefe!

Una india, hermosa y joven aún, vino a una indicación de Manuel, seguida de tres niños, y fue presentada al grumete. Luego el sacerdote o brujo y otras personalidades del clan. Todos estaban vestidos con pieles.

Una gran carpa de cuero de lobo, curtido y amarillento por los años a la intemperie, se destacaba en el centro de la toldería.

—¡Es el “Youghouse”! —explicó Manuel, y continuó—: Vas a asistir a una ceremonia que se practica en él, y que consiste en conceder el derecho que las tradiciones de la tribu dan al hombre cuando los niños llegan a doce años. Esta noche salimos a una cacería de patos de mar, pingüinos y otras aves que nos gustan muchísimo. No te acerques, por ahora, al Youghouse; los ninõs ya están encerrados, ayunando, y está prohibido mirarlos.

La animación que había en la toldería correspondía, en verdad, a la ceremonia que se preparaba.

Llegó la noche, y quince canoas fueron ocupadas por hombres, mujeres y algunos niños.

Al grumete le llamaron la atención unos largos palos de cuyo extremo se amarraba una enorme bola de junco seco y otras pajas, empapadas en una especie de esperma o aceite. Cada canoa llevaba tres de estos hisopos.

La flotilla se internó mar adentro, surcó un estrecho canal interior y desembocó en una gran bahía.

Manuel y Alejandro iban en la canoa que abría la marcha.

De pronto, a una señal de Manuel, todas las tripulaciones de las canoas se agacharon, y los remeros bogaban así, diestra y sigilosamente.

—Agáchate y no hagas ruido! —dijo al grumete.

Silenciosamente, las quince canoas o “anans”, como se llaman en yagan, avanzaron junto a un sombrío acantilado, protegido por las negruras; parecían esquifes fantasmas deslizándose sin rem os y sin remeros, en la noche.

La distancia entre canoa y canoa se fue acortando hasta unirse las popas con las proas y formar una compacta hilera.

Un leve rumor de alas turbó el gran silencio de la noche, y algo como graznidos y píos se dejó oír en las cercanías.

—¡Estamos llegando a la pajarera! —musitó Manuel en el oído de Alejandro.

El grumete alzó los ojos y vio que el acantilado estaba sembrado de pechos

blancos de pingüinos, gaviotines, “patos a vapor”, patos de mar y otras aves.

A medida que avanzaban, el acantilado estaba más repleto de aves, que apenas se sostenían en las grietas de las rocas. Algunos pingüinos, que vieron las canoas, levantaron la cabeza con su característica estupidez, miraron de medio lado y continuaron tranquilamente, pues es el ave más zonza de las marinas.

La cantidad era tal, que sacando una mano por la borda de una canoa podía tornarse a uno de ellos por el pescuezo y echarlo adentro; pero la flotilla buscaba otra ave más apetecida.

De súbito, el jefe sacó un mano fuera de la canoa e hizo una señal. Los remos fueron acomodados en el interior y. suavemente, las canoas se apagaron junto a la piedra misma.

Algunas aves se lanzaron al agua; pero en el instante mismo, Manuel dio un grito y cuarenta y cinco antorchas enormes iluminaron el acantilado repleto de pájaros y una gritería inmensa atronó de golpe al pacífico lugar.

Alejandro, sobrecogido por el espectáculo grandioso, vio cómo ardían los hisopos de pajas empapados en aceite de lobo y enceguecían a las aves que caían atontadas al mar y dentro de las canoas mismas. Todos los tripulantes. con unos pequeños garrotes, asestaban certeros golpes en las cabezas de patos y pingüinos que, muertos, eran estibados en el fondo de las “anans”. El mismo tomó un garrote y ayudó a sus acompañantes a cazar.

Las aves que estaban más arriba volaban despavoridas o caían al mar; la gritería era ensordecedora y la hilera de cuarenta y cinco grandes antorchas ardiendo al borde del paredón desgarraba fantásticamente las sombras de aquella noche tupida de aleteos, graznidos y chillidos de pájaros y humanos.

La algarabía crecía y decrecía con las llamaradas, y así, en conjunto, el rumor que había roto la paz de la noche fue disminuyendo a medida que disminuía la luz de las antorchas. Por último. sólo se’ usaron para alumbrar la recogida de las aves muertas, que flotaban sobre las aguas.

Las canoas iniciaron el regreso completamente cargadas de pájaros muertos; los indios comentaban, jubilosos, la cacería.

—¡Esta es una de las buenas pajareras que tenemos en “El Paraíso de las Nutrias”! —dijo Manuel a su hermano, mientras en las negruras del cielo se oían aún los aleteos de millares de aves asustadas por la cacería. Algunos lomos relucientes subían huyendo entre los peñascos del acantilado; eran nutrias cuyo sueño había sido también turbado.

Al día siguiente, la toldería estaba de fiesta: en la noche se iba a abrir el “Youghouse” para realizar los ritos que convertirían a los niños yagan es en adultos.

Manuel hizo que prepararan un pato de río asado para su hermano, algunos peces especiales y erizos.

El grumete comió; pero no podía comprender cómo su hermano comía, junto con los indios, aves a medio asar, con cuero.

—¡Son muy ricos! —le decía tronchando unas gordas piernas de quetro.

En la tarde se hizo un gran montón de pájaros muertos frente al “Youghouse”, se le llevaron en tinas algunos brebajes y se hicieron los últimos arreglos para la fiesta.

—¡Los yaganes tienen muy hermosas tradición es! —dijo Manuel a su hermano, después de comida, sentados en el umbral del toldo.

Tienen un diluvio universal y un arca de Noé igual que los cristianos. Hay una tradición que dice que en estas regiones llovió durante muchas lunas, muriendo todos los yaganes, menos tres familias.

Cuando las aguas descendieron, estas tres familias con sus tres “anans” (canoa) quedaron flotando en la ‘laguna de “Agamaca”. que esté en el interior de la Patata, al otro lado del canal. Esta laguna es muy hermosa y está rodeada de grandes juncales.

En la laguna también quedó una enorme ballena que no podía nadar y cuyo lomo salía fuera del agua. Pues bien, los yaganes salvados del diluvio empezaron a disparar sus flechas sobre la ballena, hasta que le dieron muerte, y se alimentaron de su carne.

La tradición termina diciendo que las flechas se reprodujeron hasta formar el juncal que hoy circunda a la bella laguna de “Agamaca”, y que las tres “anans” con sus familias se reprodujeron también hasta formar de nuevo la gran raza yagana que alcanzó a tantos como miles de juncos hay.

Este relato sigue siendo transmitido de generación en generación” —terminó Manuel.

La avestruz del mar

En dos filas fueron entrando las mujeres y hombres a la gran carpa de cuero del “Youghouse”. En el interior, una fogata que corría en el centro y a lo largo iluminaba siniestramente el sombrío recinto. Lejos de la fogata, una rueda de niños de más o menos doce años contemplaban, sentados en cuclillas y con las manos cruzadas, la entrada de los hombres y mujeres.

Las mujeres se sentaron a un lado de la fogata; y al otro, los hombres. Después entró el sacerdote de la tribu, acompañado del jefe, que fue a sentarse en medio de las dos filas, presidiendo la ceremonia.

Lo que pasa es que unos se agripan de veras y otros se hacen los griposos. Por ejemplo, aquí están mal papá, mamá y la Domi y Javier se hace el enfermo, todo para obligarme a mí a estar sano, porque alguien tiene que atender la puerta, buscar las aspirinas, las limonadas, el termómetro y zangolotear la guagua. Ese alguien soy YO.

Después de una deliberación, Alejandro, como profano, fue admitido en un rincón del “Youghouse”.

El grumete contemplaba asustado todo aquel lo, como si estuviera soñando alguna exótica novela de aventuras.

El sacerdote se subió sobre una tarima, forrada en piel de lobo, inclinó las manos y la cabeza hacia adelante y empezó un murmurio monótono y lastimero. La concurrencia, con la cabeza gacha, permanecía en silencio.

La oración subía de tono, a medida que levantaba los brazos, cada vez más fuerte.

Llegó un momento en que el sacerdote empezó a gritar y a lanzar unos alaridos de dolor, mientras el sudor empezaba a borrarle las rayas rojas con que se había pintado la cara.

Los gritos eran cada vez más fuertes, hasta que, poseído de una especie de locura, llegó al máximo de desesperación y cayó inerte sobre la tarima.

Los niños miraban llenos de pavor.

Entonces un rumor empezó a levantarse en las filas de hombres y mujeres sentados. El jefe se levantó y empezó a dar pasos a derecha e izquierda alrededor de la fogata; en seguida lo siguieron todos los demás.

El rumor se convirtió en gritería, y los pasos e brincos. Mujeres y hombres empezaron a danzar con los brazos abiertos y cruzándose de filas alrededor de la fogata. Los niños fueron tomados de las manos y obligados a entrar en la danza.

Era la danza de “La avestruz de mar”, y consistía en bailar imitando esta gran ave de la Patagonia.

Los danzarines continuaron hasta que uno por uno fueron cayendo cansados al suelo.

La ceremonia estaba terminada.

Al otro día, en medio de las fiestas, Manuel dijo a su hermano:

—¡Es un misterio el nombre de ésa danza: se flama Avestruz de mar, cuando no hay indicios de que en la Tierra del Fuego y a este lado del canal "Beagle" haya existido jamás ese gran pájaro que tanto abunda en la Patagonia!

Las noches claras se acabaron y una gran nevada vino a poner fin a las fiestas de los yaganes. El grumete debía partir a su barco.

Los dos hermanos presintieron que algo les faltaba que decirse y fueron a sentarse junto al mar, sobre unas rocas.

—Llevarás a nuestra madre dos bolsitas de oro que tengo en el toldo —dijo Manuel—; las bolsas son de cuero de lobo, curtido, y en las dos hay más de ochocientos gramos; además, cuarenta cueros de nutria y diez de lobos de dos pelos, para que se haga lo que ella desee, en mi nombre.

No le digas todo lo que has visto; dile que estoy trabajando en yacimientos de oro, en una isla en donde no pasan barcos y que, cuando haga más dinero, regresaré a su lado.

Y ahora, embárcate en mi canoa, que mis hombres te llevarán a tu barco.

Los dos hermanos, de pie, se miraron emocionados; sabían que era la ultima vez que se velan. ¡Instante supremo para dos seres que se quieren!

—¡Lloro por mi madre que nunca más te va a ver! —dijo Alejandro.

Al separarse, algo produjo un rumor de aguas cerca de la costa: era un témpano que se había volcado en el mar.

Los dos hermanos se volvieron a mirarlo.

—¡Somos como los témpanos! —exclamó en voz baja Manuel—. ¡La vida nos da vuelta a veces y nos cambia totalmente de forma!

Al subir a la canoa Alejandro, desde la playa, el cazador le alcanzó a decir:

No le cuentes nada a la pobre vieja, y guarda el secreto del "paraíso de las Nutrias".

De regreso

RECALAMOS después en Castro, Quenchi, Ancud y Puerto Montt. Desde aquí fuimos en tren a Osorno.

Conocí muchos puertos y ciudades; en todas partes desfilamos y fuimos aclamados por el pueblo.

La conversación tenía lugar en el cuarto de planchado de doña María, en Talcahuano.



Su hijo le había narrado todas las aventuras de su viaje.

—¡Me siento feliz, querida madre! —continuó Alejandro—. A bordo me aficioné a la radio. El suboficial radiotelegrafista me enseñó sus conocimientos e informó al oficial instructor de mi interés por esa rama, y ahora acaban de destinarme, terminado el viaje de instrucción, a la Escuela de Radiocomunicaciones de la Armada, que se encuentra en Valparaíso, en “Las Salinas”.

“Ya gano un pequeño sueldo para mantenerme y, un año más, ingresaré a las naves de la Escuadra como radiooperador.”

Doña María, con los ojos llorosos, interrumpió a su hijo, que regresaba de tan largo viaje.

—¡Pero, hijo mío, todavía no me has dicho una palabra de tu hermano!

—¡Ah..., mamacita, la gran noticia la estaba dejando para el último momento!

Fue a buscar su saco cacharpero de lona y sacó de él un fardo de pieles de nutrias y lobos y dos bolsitas de cuero.

—¡Aquí le manda su hijo Manuel valiosas pieles y dos bolsas que contienen más de veinte mil pesos en pepitas de oro; está sano y salvo, buscando oro en una isla solitaria, donde no pasan barcos, y me dijo que vendría en cuanto hiciera más fortuna.

Luego narró el encuentro con Manuel en las heladas regiones del Cabo de' Hornos, ocultando piadosamente, como se lo había prometido a su hermano, parte de la verdad.

De pronto, le vinieron a la memoria las últimas palabras de su hermano, y dijo:

—¡Madre, esos témpanos que vi en el Sur son como los hombres; el mar, como la vida, les hace dar muchas vueltas y siempre aparecen en la superficie con distintas formas!

Y se abalanzó en brazos de su madre, sollozando.

La locura de Escobedo

QUINCE días después, en Valparaíso, dos grumetes se encontraban en el ascensor del cerro Artillería.

—¡Cómo te va, Silva! —exclamó uno, y continuó—: ¡Vengo de visitar al sargento carpintero Escobedo!

—,Qué le pasa? —preguntó Alejandro.

—¡Está en el Hospital Naval de Playa Ancha, bastante trastornado. Cuenta raras historias de aparecidos y de buques fantasmas en los mares del Sur. Dice que su querida chancha, por la corbeta "Baquedano", tiene un fantasma a bordo, y que él es el único que puede' desembrujarla, como lo hizo con el "Leonora".

"La verdad es que el pobre sargento no pudo resistir el alejamiento de "La Baquedano", que, como tú sabes, fue declarada fuera de servicio, y se lleva pensando en regresar a bordo. ¡Tiene razón, pasó toda su vida en ella!"

—¡Ahora mismo voy a verlo! —dijo el grumete Silva, y se despidió de su compañero.

Minutos más tarde, el grumete entraba en una de las blancas salas del Hospital Naval.

—¡Ah!... ¡Viva el último grumete de "La Baquedano"! —exclamó un rostro enflaquecido, cuando vio entrar a Alejandro.

—Cómo está, mi sargento? —dijo el ninõ, acercándose al enfermo.

—¡Bien, hijo! ¿Sabes? ¡A nuestra querida "chancha" la han embrujado! ¡Tiene un fantasma a bordo! ¡Está convertida en un pobre pontón! ¡No dejan entrar a nadie, pero yo voy a ir a rescatarla del mal espíritu, como lo hice en Punta Arenas con el "Leonora"! ¡A tiempo has llegado! ¡Tú eres el único que puedes acompanãrme! ¿No es cierto?.

—¡Iremos, mi sargento! —habló el ninõ, conmovido.

—!Bravo! ¡No esperaba menos de ti! —exclamó el viejo sargento Escobedo, y continuó, llevándose la mano a una imaginaria visera, como cuando se cuadraba ante sus superiores a bordo—: ¡Yo soy el primer sargento de "La Baquedano", y tú El ULTIMO GRUMETE DE "LA BAQUEDANO"

—¡Sí, mi sargento! —respondió el grumete, estrechando la mano que le tendía el viejo hombre de mar, y agachó la cabeza, estremecido de emoción.

Dos generaciones se despedían sobre' el recuerdo de la vieja y gloriosa corbeta que, como el sargento, yacía anclada también "fuera de servicio.

13 de abril de 1940.